

# La Ilustración Artística

Año XXV

← BARCELONA 30 DE JULIO DE 1906 →

Núm. 1.283

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



Rusia.—El almirante Rodjeswenski ante el consejo de guerra encargado de juzgarle por su conducta en la batalla naval de Tsushima (28 de mayo de 1905) y especialmente por la rendición del torpedero «Biedovy» después del combate. (Dibujo de F. de Haenen, inspirado en una fotografía.)



**Texto.**— *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Pensamientos.* — *El último artículo (historia inverosímil)*, por Mariano Turmo. — Antonio Utrillo, por A. García Llanos. — *Actualidades parisienses.* *El nuevo globo dirigible.* *La fiesta de 14 de julio.* *Concurso de natación.* — *Suelta de palomas mensajeras belgas en el Tibidabo.* — *Bellas Artes.* — *En la paz de los campos*, novela ilustrada (continuación). — *La rehabilitación de Dreyfus.* — Libros enviados á esta Redacción.

**Grabados.**— *Rusia. El almirante Rodjeswenski ante el Consejo de guerra encargado de juzgarle por su conducta en la batalla naval de Tsushima*, dibujo de F. de Haenen. — Dibujo que ilustra *El último artículo (historia inverosímil)*. — Antonio Utrillo. — *Dulce coloquio.* — *Una ráfaga.* — *Modistilla.* — *Un percance*, dibujos de Antonio Utrillo. — *París. El conde Enrique de La Vaulx en la barquilla de su nuevo globo dirigible.* — *El nuevo globo dirigible del conde Enrique de La Vaulx en el hipódromo de Longchamp.* — *La fiesta nacional del 14 de julio en París.* *Baile infantil al aire libre.* — *Miss Kellermann.* — *M. Bougoin.* — *La visita del doctor*, cuadro de Harry Roseland. — *En el templo de Cupido*, cuadro de A. Schram. — *Barcelona. Fiesta en el Tibidabo organizada por la Real Sociedad Colombófila de Cataluña para la suelta de palomas mensajeras belgas.* *Tranvía conduciendo las palomas.* — *Conducción de las palomas en el fenicular.* — *Los Sres. Naudin, delegado francés; Wanderwort y Becker, «convoyeurs» belgas.* — *Suelta de las palomas.* — *París. Manifestación ante la tumba de Zola, después de proclamada la rehabilitación de Dreyfus.* — *Dreyfus á la salida del cementerio de Montmartre.* — *Imposición de las insignias de la Legión de Honor á los comandantes Dreyfus y Targe.* — *La buenaventura*, cuadro de Domingo Fernández y González.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿No leéis con interés las noticias del proceso de rehabilitación de Dreyfus? No ciertamente con aquel interés de lucha y batalla que revestían allá por los años de 1899 y siguientes, sino con otra especie de curiosidad asombrada, al comprobar el cambio verificado en el espíritu de la inmensa mayoría de la opinión francesa.

En el extranjero, han abundado los dreyfusistas, desde el primer instante de las reivindicaciones del prisionero de la isla del Diablo; en Francia, en cambio, los partidarios de la culpabilidad de Dreyfus eran más en número, y hasta en respetabilidad, que los defensores de su inocencia.

Y poco á poco, embate tras embate, han ido arrollando á los acusadores los defensores, y el capitán de artillería degradado y perseguido se convierte en el héroe, en el mártir, que al frente de las tropas va á ser condecorado solemnemente con la Legión de honor.

¡Extrañas vueltas de la rueda de la Fortuna; singulares mareas de la Historia, que alza y deprime á las personas, en su instable curso!

\* \* \*

Yo no lo puedo remediar. No he mirado jamás la cuestión Dreyfus por su lado político. No tengo opiniones políticas en Francia: apenas si las tengo aquí... He visto este problema como algo de interés dramático, apasionante, en el cual hay que buscar y desentrañar los móviles de los actos humanos, única explicación de los grandes crímenes y de las grandes abnegaciones, de los actos de justicia y de los actos de odio y venganza.

Y lo primero (lo confieso) que se me había ocurrido, dándome en qué cavilar, ¿qué género de interés animaba al general Mercier y á algunos otros contra la persona de Dreyfus? Es cierto que, según voz general, Dreyfus no tiene nada de simpático. ¿Basta esto, sin embargo, para explicar una conjura tan negra y horrible contra él? ¿Se inventa todo lo que tuvo que inventarse, á ser inocente Dreyfus, sin motivo ni causa alguna? Si esos generales querían proceder contra los espías, no les faltaban seguramente dentro de las oficinas técnicas: los hay, según parece, á manta de Dios, en Alemania como en Francia... ¿A qué cargar con el delito á un inocente? ¿A qué esa perfidia inconcebible, más inconcebible si la consideramos tramada entre varios oficiales, cuando existían gentes á quienes acusar no sin fundamento?

De aquí nacían mis primeras confusiones. Las segundas reconocieron por origen una multitud de detalles no satisfactoriamente explicados, y que serían largos de indicar. De su conjunto, yo he sacado una impresión que seguramente no es la dominante ahora en Francia. Para mí, la inocencia de Dreyfus no aparece tan clara, de tan resplandeciente claridad, como aparece sin duda, en este momento, á los ojos de su

patria, de sus amigos, de sus partidarios. Los tribunales han juzgado, la ley ha hablado, oigo decir... Sí, en efecto, han hablado los jueces, ha dictado su fallo la ley... ¿Y no era ley, no eran tribunales los que le enviaron á la isla del Diablo? Seríamos felices en este mundo si creyésemos en la infalibilidad de los jueces, de esa reunión de hombres que se llama un tribunal...

\* \* \*

No he asegurado nunca que Dreyfus fuese culpable; pero tampoco me atrevería á afirmar lo que hoy la ley impone.

La intervención de Zola... De esto he hablado largamente en unos artículos publicados poco después de la muerte del gran novelista en la excelente revista madrileña *La Lectura*. Este acto de Zola tiene dos ó tres aspectos, por los cuales se le debe considerar. Creo que no es dudosa mi admiración hacia el Zola que escribió algunas novelas destinadas á no perecer: yo no soy sospechosa en esto. Nada tiene que ver, por otra parte, la admiración que puede inspirar un literato, con la aprobación de su proceder en estas materias sometidas á discusión y debate, y sobre las cuales tal vez hasta dentro de cien años no pueda decirse la palabra definitiva y justa.

Voltaire tomó la defensa de Calas. Balzac, la de Peytel. Zola, la de Dreyfus. Acaso, sin el ejemplo de Voltaire y Balzac, el autor del *Assommoir* no hubiese escrito la célebre carta *J'accuse*.

La actitud de Zola, al defender á Dreyfus, fué de abnegación: se expuso— así lo he leído mil veces, así se repite aún hoy— á los insultos, á las persecuciones. Sí y no, digo, al tomar en cuenta la afirmación que precede. Sí y no: para comprender esta aparente contradicción, hay que conocer muy bien la historia literaria de Zola; y la muchedumbre no conoce bien jamás historia literaria ninguna.

Emilio Zola fué, desde su primer libro algo importante, el escritor más vilipendiado, insultado y deprimido de cuantos en el mundo manejaron pluma. Se le llamó cerdo triste, alcantarillero, basurero, corruptor y mercader de infamias; se apartaron de él los ojos con horror y el estómago con asco. Se prohibieron sus libros, no por la Iglesia, sino por los Gobiernos, en Inglaterra, Alemania, Austria y Rusia; y una especie de acuerdo general social los prohibió en el hogar y en la familia. Los que nos atrevimos á defender algo de la teoría literaria de Zola y á sostener que en sus novelas (de la primera época) existen páginas insuperables en el concepto de descripción y observación, nos ganamos de rechazo antipatías y censuras, y casi se nos miró como á seres desprovistos de delicadeza y gusto, si no de conciencia moral. Nosotros sí que fuimos valientes; nosotros, los primeros que leímos y juzgamos á Zola situándonos en el sencillo punto de vista del arte literario, y nos lanzamos á decirlo en público.

Zola, durante algún tiempo, navegó contra las corrientes, y se complació en afrontar la hostilidad de las multitudes escandalizadas, y á la vez curiosas y ávidas del mismo escándalo. Una escuela se había formado alrededor suyo; tenía su cohorte de discípulos; ganaba dinero. Pero el arte, insensiblemente, evolucionaba. Los novelistas rusos le minaban el terreno á Zola; el neo-idealismo, el misticismo, el decadentismo, flotaban ya en el aire. Al publicar Zola *La terre*, exageración de su fórmula y de su teoría, los jóvenes, sus mayores partidarios, se separaron indignados de él, le renegaron, en ruidoso, célebre manifiesto. Después de este episodio, Zola tenía que evolucionar y modificarse, ó callar para siempre: *La terre* no se podía repetir. Y en efecto, desde aquella fecha evoluciona Zola: pasa de *La terre* al *Rêve*, y da principio á una serie de novelas de carácter social, humanitario, diferentes de las anteriores.

Lejos de cobrar alientos vigorosos con el cambio, la nueva manera señala en Zola una decadencia artística que él mismo percibe. Y se encuentra, en la madurez que precede á la vejez, declinando, sin haber conseguido ni un día solo esa popularidad cariñosa de la cual plenamente habían disfrutado otros escritores, bastando citar, para ejemplo, á Lamartine, á Hugo. Entonces es cuando indudablemente surge en su espíritu el deseo de ejercer una acción social, que si no le gana las simpatías de todos, le conquiste, por lo menos, las de una gran parte de sus conciudadanos. Zola quiere dejar de ser *el paria* (la frase es suya, textual). Y entonces eleva su voz en favor de Alfredo Dreyfus.

\* \* \*

Los resultados no se hacen esperar. Es cierto que muchos gritan: «*A mort, Zola! A l'eau, Zola!*» pero

Zola está avezado á las maldiciones y á los dicerios; á lo que no está hecho es á recoger testimonios de afecto y de entusiasmo, públicamente; á tener un partido numeroso, que le aclame. Severina, la célebre periodista, lo confiesa: Zola, antes, le repugnaba; ahora le mira con una especie de culto. El movimiento se acentúa; se convierten á Zola los que siempre le reprobaban, los indignados de *Naná* y de *Pot Bouille*. Desde el extranjero le llegan saludos y adhesiones con que no contaba, que se le habían regateado en concepto de artista, y que ahora se le dirigen como filántropo y campeón de la justicia: la voz de Ibsen, la de Tolstoy, halagaba los oídos de un escritor no inferior á los más famosos de su época, pero siempre impopular y maldito, hasta que se presentó luchando, no por la eterna verdad del arte, sino por la verdad contingente de un hecho histórico, entre el fragor de las pasiones de un día...

\* \* \*

La prueba de que Zola iba ganando, en ventajas inmediatas, al declararse paladín de Dreyfus, la da patente esta rehabilitación, más que rehabilitación, esta apoteosis final. Si el desgraciado accidente de la chimenea no hubiese cortado la vida de Zola, hoy le veríamos á la cabeza de Francia. Muerto, vamos á verle en el Panteón, y no por *L'Assommoir*, ni por *Germinal*, sino por haber sacado la cara en favor de un reo injustamente sentenciado; y nótese que no niego la injusticia cometida con Dreyfus; para mí, el que Dreyfus sea lo que sea no tiene, en este caso especial, suma importancia; mi cabeza se resiste á admitir la maquinación infernal en daño de un hombre absolutamente inculpable, pero admitámosla; lo que me subleva de la serie de acontecimientos, desarrollados con motivo del proceso, es que la gloria literaria y su consagración oficial dependan de la política hasta tal punto...

\* \* \*

¿Qué sucederá al ser honrado y condecorado Dreyfus ante el ejército? El terrible duelo Pugliesi-Sarraut revela que las pasiones y las cóleras, adormecidas, no están muertas; que todavía, de buena fe, eso es innegable, hombres de honor dudan del honor militar de Dreyfus. ¿No corre su albur, una aventura algo impremeditada, el gobierno francés, al exigir é imponer una reparación tan ruidosa?

Quisiera asistir á esa ceremonia, estudiar las caras, los gestos, las palideces y los rubores... Quisiera leer en los corazones y en las conciencias... ¡Quién conocerá la clave de tantos enigmas! De todas suertes, si Dreyfus no ha sido un traidor, alegrémonos de su felicidad actual. Que ha sufrido, no tiene duda. Y más vale perdonar á cien culpables, que oprimir á un solo inocente...

EMILIA PARDO BAZÁN.

## PENSAMIENTOS

Dondequiera que vayas encontrarás tu conciencia.

DIDEROT.

El remordimiento es un dolor que nos advierte que hay en nosotros algunas perturbaciones, y sirve como el dolor físico para la conservación de la vida.

LAMENAIS.

Sed equitativos y justos en toda vuestra conducta; poneos siempre en el lugar de vuestro prójimo y ponéle á él en el vuestro, y juzgaréis equitativamente. Ocupad el puesto del vendedor cuando compréis y el del comprador cuando vendáis, y vuestro comercio será de buena fe.

SAN FRANCISCO DE SALES.

No se vive de lo que se come, sino de lo que se digiere. Principio exacto, así para el cuerpo como para el espíritu.

FRANKLIN.

Los hombres sensatos son los mejores diccionarios de conversación.

GOETHE.

Nuestras dudas son traidores que nos hacen perder el bien que podríamos hacer, desviándonos de intentarlo.

SHAKESPEARE.

La ciencia da en poco tiempo la experiencia de muchos siglos.

D'AUGUESSEAU.

Las ideas sin el amor que las fecunde son como el sol de invierno, que alumbra, es verdad, pero bajo cuyos rayos puede uno morir helado.

BERSIER.

**BOUQUET FARNESE**, VIOLET, 29, B<sup>is</sup> des Italiens.



... lloró á la vista de todo el mundo, puestos los ojos en el cielo, sofocando con lágrimas la blasfemia que asomaba á sus labios...

### EL ÚLTIMO ARTÍCULO

(HISTORIA INVEROSÍMIL)

Fermín López pasó el día entero recorriendo las redacciones de los periódicos llevando en la mano unos cuantos artículos, cuyo mezquino importe, convertido en pan, serviría para secar el llanto en el rostro de su mujer y producir la risa en los semblantes de sus hijos.

En muchos sitios se negaron á recibirlo: en otros diéronse el gusto de oír una lectura entrecortada, medrosa, balbuciente; aquello más que leer fué llorar cuartillas. Y todo, ¿para qué? ¡Si el un artículo era muy largo, el otro demasiado corto, y aquél carecía de novedad y éste sobraba en atrevimiento! Cosas nuevas querían las empresas, cosas nuevas buscaba el lector. En literatura, como en todo, lo raro, lo estupendo, lo imprevisto, es la más abundosa fuente de emociones.

Con la mansedumbre del mártir dióse Fermín á buscar esa cosa nueva que representaba el pan de dos ó tres días; para encontrarla puso toda la reserva de vigores al servicio de la imaginación, y del choque de la voluntad con las neuronas brotaron ideas y más ideas, todas negras, todas amargas, todas sangrando, pero todas viejas, raquíticas, harapientas, como hijas del dolor caduco y eterno padre de miserias.

Aquel incesante golpear de la impotencia en las congestionadas sienas, el titánico trabajo del pensamiento hurgando en el cerebro para hacerle producir la salvadora idea, el supremo alarde vital de su cuerpo aniquilado por el infortunio, dieron por fin el fruto apetecido. El escritor encontró la idea; para que no huyera de la memoria dióse prisa á encerrarla en blancas cuartillas; y el rostro congestionado, los ojos asomándose á las órbitas, seca la garganta, tembloroso el pulso, trabajó como jamás lo hubo hecho, sin un descanso, sin una enmienda, sin una vacilación; trabajó, no como quien inventa, sino como quien copia, y copia eran en último término aquellos párrafos violentos, aquellas frases amarguísimas, el apóstrofe duro, la blasfemia encubierta... Fermín se copiaba á sí mismo.

La idea parecióle nueva, ó al menos como tal la vistió. Hela aquí: un misero escritor, sin más patrimonio que su pluma, harto de sufrir piensa en la muerte, pero piensa también que el día del descanso para él ha de ser día de hambre para su familia; para que así no suceda discurre explotar la muerte, ya que no pudo explotar la vida, y dirigiéndose á un editor poco escrupuloso contrata el último artículo, que no

era otra cosa que el relato verídico y emocionante de un suicidio que él mismo, como protagonista del suceso, se prometía revestir de la mayor novedad posible. Un triunfo inmenso para el periódico y un pedazo de pan para sus hijos; poco pan parecióle á tan caro precio, pero menos suele dar la muerte.

Amanecía cuando Fermín López puso el punto final en el artículo; la vela quedó reducida á intermitente lengua de fuego que acariciaba las paredes del candelero; los chiquillos, con el fácil y alegre despertar de los pájaros, saludaron á la luz estallando en ruidosas manifestaciones de contento; la madre pagaba al dolor el tributo debido por unas cuantas horas de modorra. Miró la mujer al hombre con una de esas miradas interrogativas que brotan de los ojos cuando el miedo á la respuesta ata la pregunta en la lengua, y el hombre sonrió, y tras sonreír expansionóse con su compañera de desdichas contándole su último triunfo sobre el hambre. También la mujer quiso reír, pero la risa se convirtió en un sollozo; ¡jella, con la intuición maravillosa del sexo, no creía en tanta ventura!

—Descansa un poco, si puedes, dijo la mujer.

Y de prisa, pero con la encantadora solicitud de la madre, vistió á los niños; primero al pequeñuelo, que gruñía sin cesar por la tardanza en recibir la tibia caricia del pecho; después al mayor, que con el primer rayo de luz reclamaba imperativamente, á gritos, con la desconsideración de la inocencia, el pedazo de pan del desayuno, y al poco rato tumbábase Fermín sobre el revoltijo de harapos, mientras su mujer, con titánico esfuerzo, mantenía relativa quietud en la miserable estancia.

Era ya muy entrado el día cuando Fermín abrió los ojos y púsose en pie por un esfuerzo supremo de su ánimo decaído. La primera mirada es siempre de una clarividencia desconsoladora; el infeliz vió la situación con todas las negruras de la realidad espantosa; fuera preferible no despertar, ó cuando menos que al volver á la vida hubiese quedado la memoria envuelta para siempre en la caritativa malla del sueño.

Repasó el escritor el último fruto de su maltrecho ingenio; al terminar la lectura dibujóse en la boca del articulista fúnebre sonrisa y acudieron á su mente pensamientos horribles sugeridos por la originalidad del tema; pero la contemplación de la familia hambrienta hízole recobrar un asomo de energías, se dispuso á partir depositando en el rostro de cada ser querido un beso largo, muy largo, y fuése á la calle con el atolondramiento del que huye.

Auras fresquísimas acariciaron las sienas de Fer-

mín; la vida, circulando á chorros por las arterias de la ciudad, dióle vigor y alientos; sintióse otra vez fuerte contra el infortunio, y echándose en los brazos de la esperanza comenzó de nuevo la peregrinación de la vispera.

La lectura fué soportada por algunos directores de periódico con relativa complacencia, y todos encontraron el artículo muy bien sentido, correcto en la forma, pero crudo, crudísimo, en el fondo. El público, según ellos, gustaba de manjares más delicados. La idea, á fuerza de querer ser nueva, podía calificarse de inverosímil; nadie vende la existencia por un puñado de pesetas, y sobre todo no hay malvado capaz de comprar la vida de un semejante para conseguir un éxito editorial. Decididamente el artículo era bueno, pero no encajaba en los moldes de ninguna publicación.

Dicha respuesta, repetida por todos como si obedecieran á una consigna, dió al traste con las últimas energías del infeliz escritor, y apoyado éste en el quicio de una puerta, estrujando las cuartillas, creyendo oír entre el tumulto de la gente y el rodar de los carruajes las voces atipladas de sus hijos que pedían pan, lloró, lloró á la vista de todo el mundo, puestos los ojos en el cielo, sofocando con lágrimas la blasfemia que asomaba á sus labios; y muchos lo vieron llorar y pasaron de largo, contentándose con apiadarse del triste al dedicarle un «¡Pobre hombre!» único tributo que rendía á la desgracia esa perfecta humanidad hecha á imagen y semejanza de Dios.

—¿Qué hago?, preguntóse Fermín.

En aquel instante recordó que todavía quedábale una puerta á que llamar, una mala puerta, á creer las murmuraciones de la gente del oficio, por la que se entraba en la covacha del amo de un periódico tan conocido por su circulación callejera como por el poco escrúpulo con que eran acogidas en sus columnas toda clase de miserias morales; y deseoso el escritor de verse cuanto antes en la cumbre de su calvario, dirigióse presuroso al cubil de la fiera editorial, frotándose antes los ojos para limpiarlos de las nubes de lágrimas que los empañaban.

Llegó; tras breve espera fué introducido en angosto cuchitril, bajo de techo, infesto por atmósfera pestilente y humosa, y en el que detrás de ruin mesa cubierta por periódicos enteros y recortados, papeles blancos, plumas, obleas, todo revuelto y en completo desorden, descubriase una figura raquítica é insignificante; ¡que á veces la maldad gusta de encerrarse para mayor escarnio en cuerpos desmedrados é irrisorios!

—¿Qué le trae á usted por aquí?, preguntó aquel viejo con tonillo impertinente y voz chillona.

—Esto, contestó Fermín mostrando en la mano el pequeño rollo de cuartillas.  
 —¿Y qué es eso?  
 —Un artículo.  
 —No me hace falta.  
 —Léalo usted.  
 —No tengo tiempo.  
 —Lo leeré yo; escuche, se lo suplico.



Dulce coloquio, dibujo de Antonio Utrillo

Con tan sugestivo acento supo Fermín formular este ruego, que el hombrucillo, haciendo un gesto de forzada mansedumbre, se dispuso á complacer al articulista, no sin decir antes:

—Le advierto que se cansará en vano.

Hizo Fermín caso omiso de la advertencia y empezó la lectura. ¡Cómo leyó! Derecho, detrás de aquella mesa mugrienta, en la semiobscuridad producida por la falta de luz y la sobra de humo, dando á la voz acentos conmovedores, obedeciendo en las pausas al metrónomo del corazón, con accionar vivísimo, arrestos de artista y maneras de tribuno, leyó con ternura tanta, con tan apasionado entusiasmo, que momentos hubo en que hallóse próximo á desarrugar en el sombrío rostro del antipático oyente el ceño adusto y burlón impuesto por la obligada y constante disconformidad con todo lo nacido y por nacer.

—Muy bonito, muy bonito; pero literatura, nada más que literatura, fué cuanto se le ocurrió decir el vejete.

—De manera...

—No me sirve. Eso irá bien en una ilustración; pero aquí queremos verdad. Ya ve usted, si lo que cuenta ahí fuese cierto, podría darse por ello cualquier dinero.

Miróle fijamente Fermín, y dando forma á una determinación tomada en aquel momento.

—¿Como cuánto?, preguntó.

—Quince duros, contestó el viejo, sorprendido por la actitud de Fermín.

—Es poco.

—Veinte.

—Es poco.

—No puedo dar más.

Hubo una pausa; las ideas del escritor volvieron otra vez al cauce de sus amarguras; hizo breve examen de penas, y dijo con tono imperativo:

—Veinte duros; vengan. Aceptado.

—Poco á poco, exclamó el viejo, vuelto de la admiración que aquel inopinado y estupendo negocio le produjo. ¿Está usted decidido?

—En absoluto.

—De manera que el protagonista de esa historia...

—Lo seré yo.

—¿Cuándo?

—Cuando usted quiera.

—¿Y cómo?

—Como en el artículo se dice. Eso ya no es lite-

ratura, es un sucedido. Hoy servirá usted á sus lectores un plato de gusto.

—Mi dinero me cuesta.

—Bueno; acabemos.

Fríamente, como si se tratase de vulgar negocio, se fijaron las condiciones del suicidio de Fermín, y el momento y la forma en que el crimen debía efectuarse para que no hubiera discrepancia entre el suceso y el relato; cuando todo estuvo previsto, sacó el viejo un billete de mugrienta cartera, entrególo á Fermín; despidióse éste del espléndido protector, tan absorto en su pena que padeció la distracción de decir un «gracias por todo» que hizo casi asomar la risa á la desdentada boca del canalla; fuése á la calle el articulista, entró en una casa de cambio para convertir en moneda el flamante billete, y allí mismo acabarían sus desdichas si el *inri* puesto en la cruz de su infortunio por la maldad del viejo no le sirviera de acicate para la vida.

¡El billete era falso!

MARIANO TURMO.

ANTONIO UTRILLO

Forma parte Antonio Utrillo de esa agrupación de artistas que estimulados por su



Una ráfaga, dibujo de Antonio Utrillo

entusiasmo y patriotismo, han contribuído poderosamente á ese renacimiento artístico que se traduce en todas las manifestaciones de la cultura de nuestra ciudad. Y tanto es así que puede afirmarse que ya desde los comienzos de su carrera artística, emprendida en edad asaz juvenil, ha tomado activa parte en ese movimiento evolutivo al que debe Barcelona su engrandecimiento, aportando sus aptitudes y esfuerzos para lograr la armónica asociación del arte con la industria, la compenetración del artista y del artífice. Esta nobilísima misión la ha cumplido nuestro amigo con todo el ardimiento que le prestan sus varoniles energías y con la perseverancia de un recto convencimiento. Penetrado su espíritu de que los pueblos modernos sólo pueden progresar con el auxilio de sus propios y peculiares elementos, ha unido su esfuerzo al de los demás y en todos los órdenes no ha sido reacio para aportar su concurso, para lograr que su región, el país que le vió nacer, se distinguiera y encumbrara cual lo concibe ese sentimiento que alimenta su espíritu para el engrandecimiento de la patria.

De ahí, pues, que desde hace algunos años se vea asociado el nombre de Utrillo á cuantos empeños, á cuantas empresas tengan como objetivo y finalidad el

logro de tan elevadas aspiraciones y que sus producciones representen la adaptación razonada de los con-



ANTONIO UTRILLO: (Fotografía de Audouard.)

ceptos y corrientes modernas. Basta para convencerse de ello recordar las obras que ha producido, y podrá apreciarse la diversa tendencia que revela su sentido cuadro *Lujo y miseria*, ejecutado en vísperas de su primer viaje á la capital de la vecina nación, y los hermosos dibujos en color que ha producido recientemente. A ellos hemos de referirnos en particular, ya que gracias á la galantería del artista podemos dar á conocer algunos de ellos á los lectores de esta Revista. Parece como si nuestro amigo se hubiera propuesto, al igual de lo que practican otros artistas de diversas regiones peninsulares, dar á conocer en forma bella y agradable tipos y cuadros de costumbres de nuestra ciudad. La garbosa modistilla, la costurera, la menestrala y ese conjunto de jovencitas tan sencillas como elegantes en su vestir, inspiran al artista esos preciosos dibujos, en los que se retrata la belleza, la gracia y hasta la honrada modestia de esas jóvenes dignas de respeto y simpatía.

Bien haya el artista en su loable empeño. Nosotros aplaudimos sin reserva su labor y su



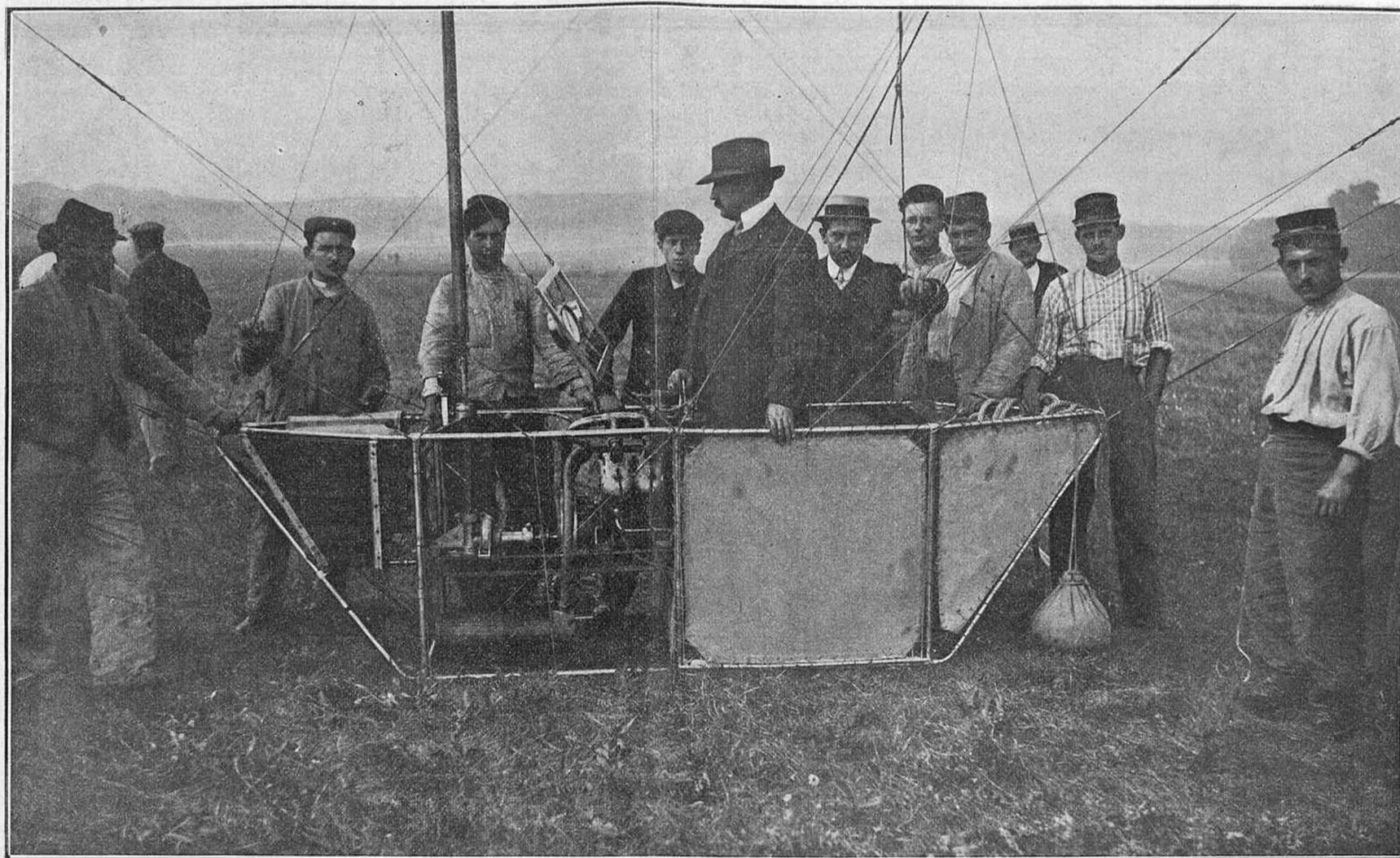
Modistilla, dibujo de Antonio Utrillo

perseverancia. A una y otra debe haberse singularizado, obteniendo sin esfuerzo y sólo á sus merecimientos la consideración y el afecto de todos aquellos que se interesan por lo que puede significar el engrandecimiento y el progreso del arte patrio.

A. GARCÍA LLANSÓ.



UN PERCANCE, dibujo de Antonio Utrillo



PARÍS. — EL CONDE ENRIQUE DE LA VAULX EN LA BARQUILLA DE SU NUEVO GLOBO DIRIGIBLE. (De fotografía de M. Branger.)

#### ACTUALIDADES PARISIENSES

EL NUEVO GLOBO DIRIGIBLE DEL CONDE ENRIQUE DE LA VAULX.—LA FIESTA DEL 14 DE JULIO EN LAS CALLES.—CONCURSO DE NATACIÓN.

En la mañana del día 17 de los corrientes, el distinguido y entusiasta aeronauta conde Enrique de La Vaulx ensayó su nuevo globo dirigible. El aeróstato fué llevado en brazos desde el parque del Aero-Club, en donde estaba instalado, y conducido por el puente del Avre al otro lado del Sena para comenzar sus ensayos en el hipódromo de Longchamp, y por la tarde realizó varias evoluciones, virando, describiendo numerosas curvas y regresando siempre al punto de partida. Las pruebas duraron hasta las siete y todas fueron de resultado satisfactorio.

El nuevo dirigible La Vaulx es de forma elipsoidal perfecta, tiene 32 metros de longitud y seis en la cuaderna maestra; su volumen es de 720 metros y había sido henchido con hidrógeno puro. Está construido de tela cauchoada y puede resistir una presión de 300 milímetros de agua; la tela va montada sobre un armazón de madera y de hierro.

Las válvulas de gas están calculadas para que puedan abrirse á 25 milímetros de agua, lo que da un coeficiente de seguridad enorme.

La hélice va situada en la proa y á dos metros debajo del aeróstato; el árbol que la mueve y que también está suspendido debajo de una viga de pino, funciona merced á un engranaje de ángulo que recibe su fuerza de un árbol vertical telescópico montado de manera que pueda seguir todas las inflexiones del globo en todos sus planos.

El motor tiene una fuerza de 16 caballos y es de dos cilindros en forma de V; da 1.800 revoluciones

por minuto. La hélice, por virtud de la desmultiplicación, sólo da 900.

El material completo, en orden de marcha, pesa unos 600 kilogramos, y como la fuerza ascensional es de 800, quedan 200 kilogramos para el aeronauta y el lastre.

Es muy probable que, á consecuencia de esos últimos ensayos, el conde de La Vaulx se decida á buscar un terreno á propósito para instalar un aeródromo que permita realizar las salidas con más faci-

adorno de las calles, nada de particular han ofrecido en general, siendo no pocas las que otros años aparecían vistosamente engalanadas y en éste apenas si han ostentado algunos mástiles con gallardetes. Una de las que más han llamado la atención ha sido el faubourg Saint-Denis, que con sus guirnaldas de flores y de lámparas eléctricas presentaba un aspecto en extremo pintoresco.

La nota saliente han sido, como siempre, los bailes populares que se han celebrado en casi todos los barrios, y uno de los cuales reproduce el primer gra-

bado de la siguiente página.

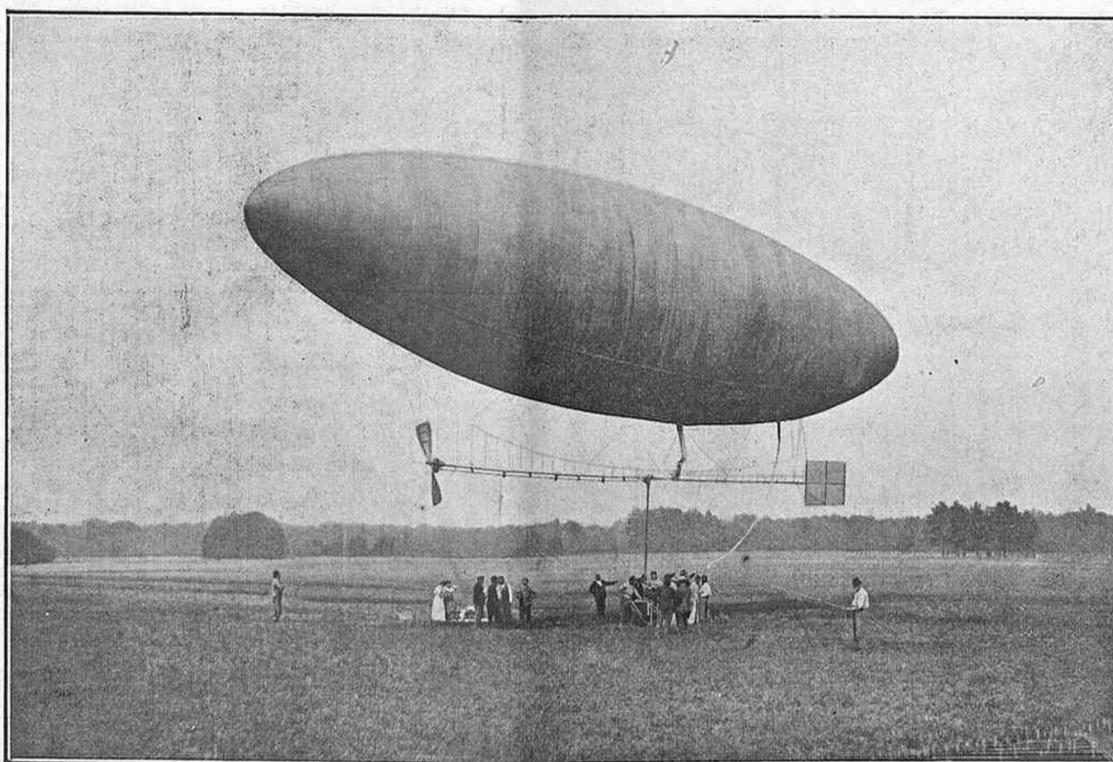
Siguiendo la costumbre comenzada el año último, el periódico deportivo parisiense *L'Auto* ha organizado un concurso de natación que se efectuó el día 15 de los corrientes y que consistió en recorrer á nado el Sena, desde el puente Nacional hasta el viaducto de Auteuil, es decir, un trayecto de 11.620 metros.

Tomaron parte en él doce nadadores: Achard, Bernhard, Becker, Billy, Bougoin y Paulus, el campeón del año pasado (franceses); Janssens, belga; Bobur (austriaco); y Burgess, Billington, Greasley y Standing (ingleses); y tres nadadoras, las señoritas Kellermann (australiana), Frauendorfer (austriaca) y Herxheimer (inglesa).

A las ocho de la mañana se lanzaron al agua estas tres últimas y á las ocho y media, á las nueve menos cuarto y á las nueve los demás, según el orden en que habían sido designados.

En el puente de Enrique IV se retiraron Bernard, Achard, Standing y Bobur.

En el puente de Solferino, las Srtas. Kellermann y Frauendorfer iban juntas y así siguieron sin separarse más que unos instantes durante los tres últimos kilómetros, habiendo llegado juntas también á la



PARÍS. — EL NUEVO GLOBO DIRIGIBLE DEL CONDE ENRIQUE DE LA VAULX EN EL HIPÓDROMO DE LONGCHAMP, ANTES DE SU ASCENSIÓN. (De fotografía de M. Branger.)

dad y sin peligro de deteriorar el mecanismo de su dirigible, que es notable bajo todos conceptos.

Dejando á un lado la revista de Longchamp, los demás festejos con que en París se solemniza la fiesta nacional del 14 de julio van perdiendo en importancia y en animación de año en año. En el presente las iluminaciones, aparte de las de los edificios públicos, han sido poco numerosas y notables, y en cuanto al



PARÍS. — LA FIESTA NACIONAL DEL 14 DE JULIO. — BAILE INFANTIL AL AIRE LIBRE EN LA CALLE DE SAN MARTÍN. (De fotografía de M. Rol y C.<sup>a</sup>)

meta, después de una lucha desesperada de 100 metros.

Los nadadores fueron clasificados por el orden siguiente: 1.º Bougoïn, en 3 horas, 6 minutos, 6 segundos; 2.º Billington, en 3 horas, 7 minutos, 6 segundos; 3.º Greasley, en 3 horas, 12 minutos, 15 segundos; 4.º Paulus, en 3 horas, 13 minutos, 58 segundos; 5.º Burgess, en 3 horas, 31 minutos, 50 segundos; 6.º Becker, en 3 horas, 41 minutos, 15 segundos; 7.º Señori-

ta Kellermann y 8.º Srta. Frauendorfer, en 3 horas, 59 minutos, 3 segundos; 9.º Janssens, en 4 horas, 6 minutos, 24 segundos; y 10.º Srta. Herxheymer, en 5 horas.

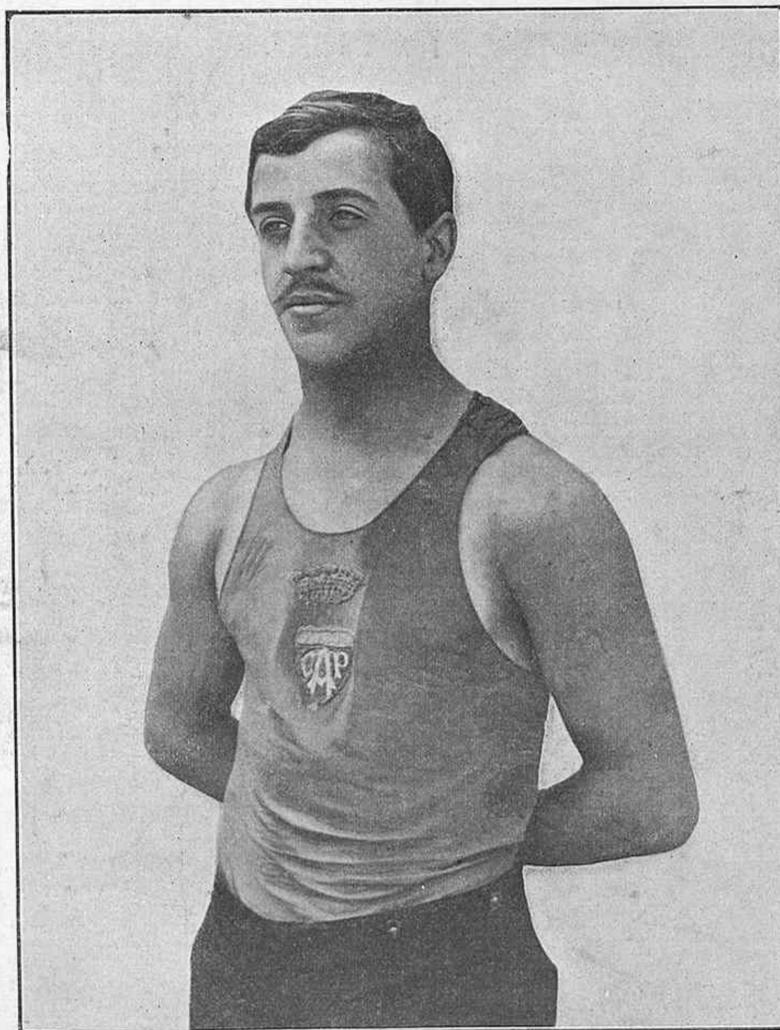
Bougoïn, el vencedor del concurso, es un obrero ajustador que trabaja en París y cuenta diez y ocho años. Ha empleado en la travesía 23 minutos menos de los que empleó el ganador del concurso del año pasado; bien es verdad que las condiciones atmosfé-

ricas han sido este año más favorables que en 1905, pues el frío y el viento contrario retardaron entonces algo la marcha de los nadadores; pero en cambio la corriente del río era de un kilómetro por hora y este año era solamente de 500 metros.

De todos modos el esfuerzo de Bougoïn ha sido muy admirado, y su triunfo, obtenido sobre famosísimos nadadores extranjeros, fué acogido con gran entusiasmo.—S.



MISS KELLERMANN, una de las nadadoras que tomaron parte en el concurso



M. BOUGOÏN, nadador francés, ganador del premio

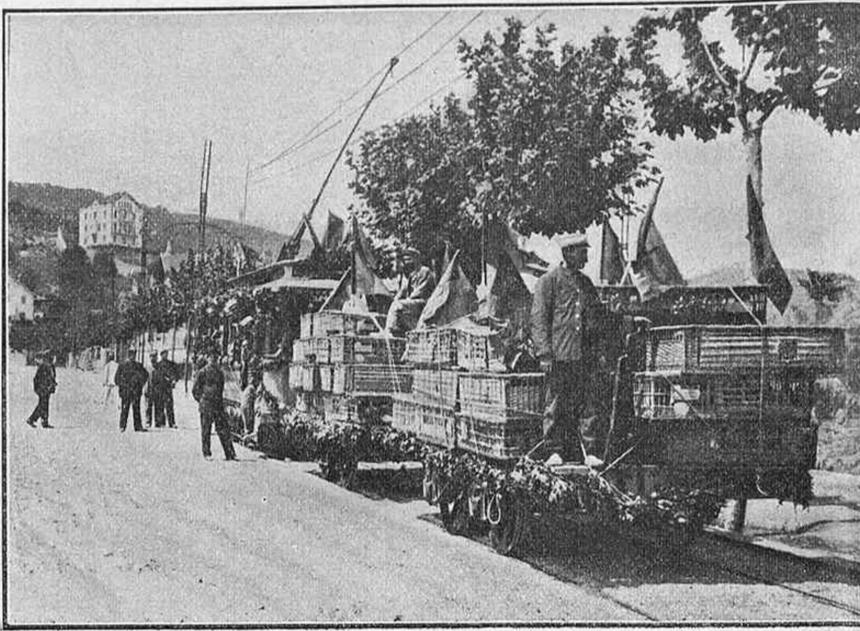
PARÍS.—Concurso de natación en el Sena, organizado por el periódico deportivo «L'Auto.» (De fotografías de M. Rol y C.<sup>a</sup>)



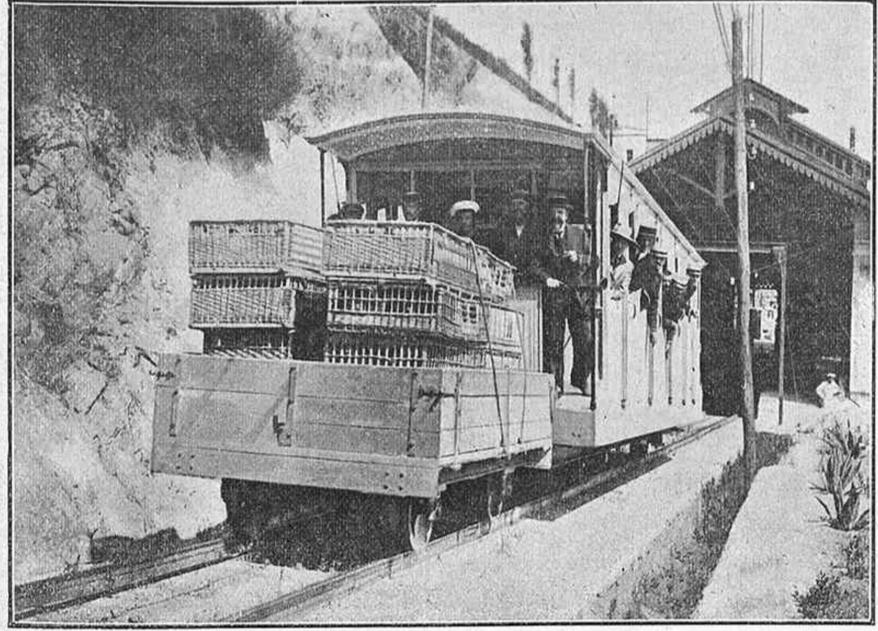
LA VISITA DEL DOCTOR, cuadro de Harry Roseland



EN EL TEMPLO DE CUPIDO, cuadro de A. Schram



Tranvía conduciendo las palomas en la avenida del Tibidabo



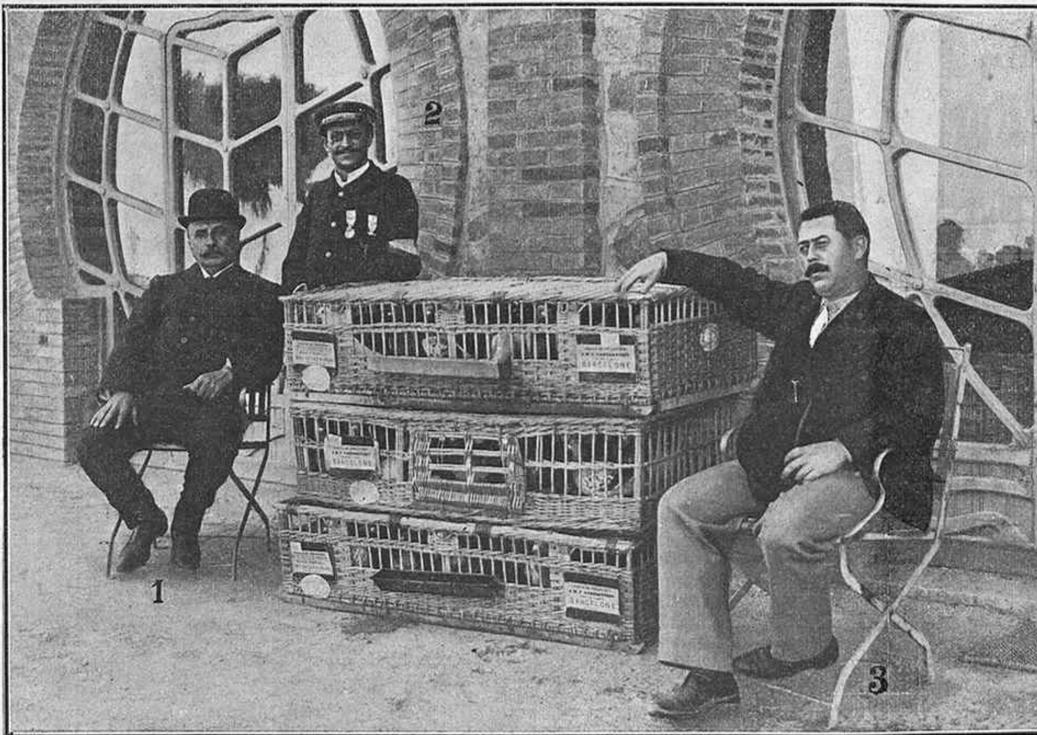
Conducción de las palomas en el funicular

BARCELONA. — FIESTA EN EL TIBIDABO ORGANIZADA POR LA REAL SOCIEDAD COLOMBÓFILA DE CATALUÑA PARA LA SUELTA DE PALOMAS MENSAJERAS BELGAS. (De fotografías de Castellar.)

#### SUELTA DE PALOMAS MENSAJERAS BELGAS EN EL TIBIDABO

Las sociedades colombófilas belgas de Bruselas, Amberes, Lieja, Gante, Namur y Wavres resolvieron efectuar un concurso de palomas mensajeras, bajo la dirección de la federación

da. A las tres y media comenzaron los preparativos para la suelta, bajo la dirección de los representantes extranjeros, de los miembros de la Colombófila y del capitán de Ingenieros, D. Miguel Domenge, delegado por la Capitanía general por orden del Ministerio de la Guerra. Poco después, D. Carlos Ossorio y Gallardo leyó un notable discurso de D. Salvador Castelló encomiando los servicios que prestan las palomas mensajeras; y á las cinco menos cuarto, á toque de corneta, se abrieron todas las jaulas, y las palomas, rápidamente orientadas, emprendieron el vuelo en dirección al Norte, ofreciendo un hermoso golpe de vista.



EN EL TIBIDABO. — Los Sres. NAUDIN (2) delegado francés, WANDERVORST (1) y BECKER (3) convoyeurs belgas. (De fotografía de A. Merletti.)

«Le Printemps», escogiendo como punto para la suelta Barcelona y confiando la realización del acto á la Real Sociedad Colombófila de Cataluña.

Las palomas, en número de más de 1100, fueron traídas desde Bélgica por los *convoyeurs* belgas Sres. Wandervorst y Becker, y llegaron á esta ciudad en la mañana del 20 del actual, siendo recibidas en la estación por el cónsul de Bélgica, por la Junta de la Real Sociedad Colombófila y por una sección de ingenieros militares. Colocadas las jaulas en dos trolés arrastrados por un tranvía eléctrico vistosamente adornado, el convoy, después de dar una vuelta por las Ramblas, dirigióse hacia la estación del funicular, que las condujo á la cumbre del Tibidabo.

Para solemnizar la suelta, la Real Sociedad Colombófila de Cataluña dispuso varios festejos para la noche del 21, y con este motivo acudió á la pintoresca montaña una muchedumbre enorme, que no bajaría, según cálculos aproximados, de 20.000 personas. Desde las primeras horas de la noche los tranvías y el ferrocarril funicular subían atestados, y á pesar de haber aumentado considerablemente su servicio, contáronse por miles los individuos que no pudiendo encontrar cabida en ellos hubieron de hacer á pie la ascensión á la montaña.

En la cima de ésta el espectáculo era en extremo pintoresco y animado. Hubo festejos variados en el teatro-entoldado, sardanas al aire libre, concierto por la banda municipal, que entretuvieron agradablemente al público hasta la madrugada.

#### EL ALMIRANTE RODJESWENSKI ANTE EL CONSEJO DE GUERRA

Se ha celebrado en Cronstadt un consejo de guerra para juzgar la conducta del almirante Rodjeswenski y de varios oficiales de la marina rusa en la desastrosa batalla naval de Tsushima. El tribunal absolvió al almirante y á otros siete oficiales y condenó á muerte á cuatro, si bien recomendándolos á la benevolencia del tsar, quien seguramente los indultará, limitándose á expulsarlos de la armada.

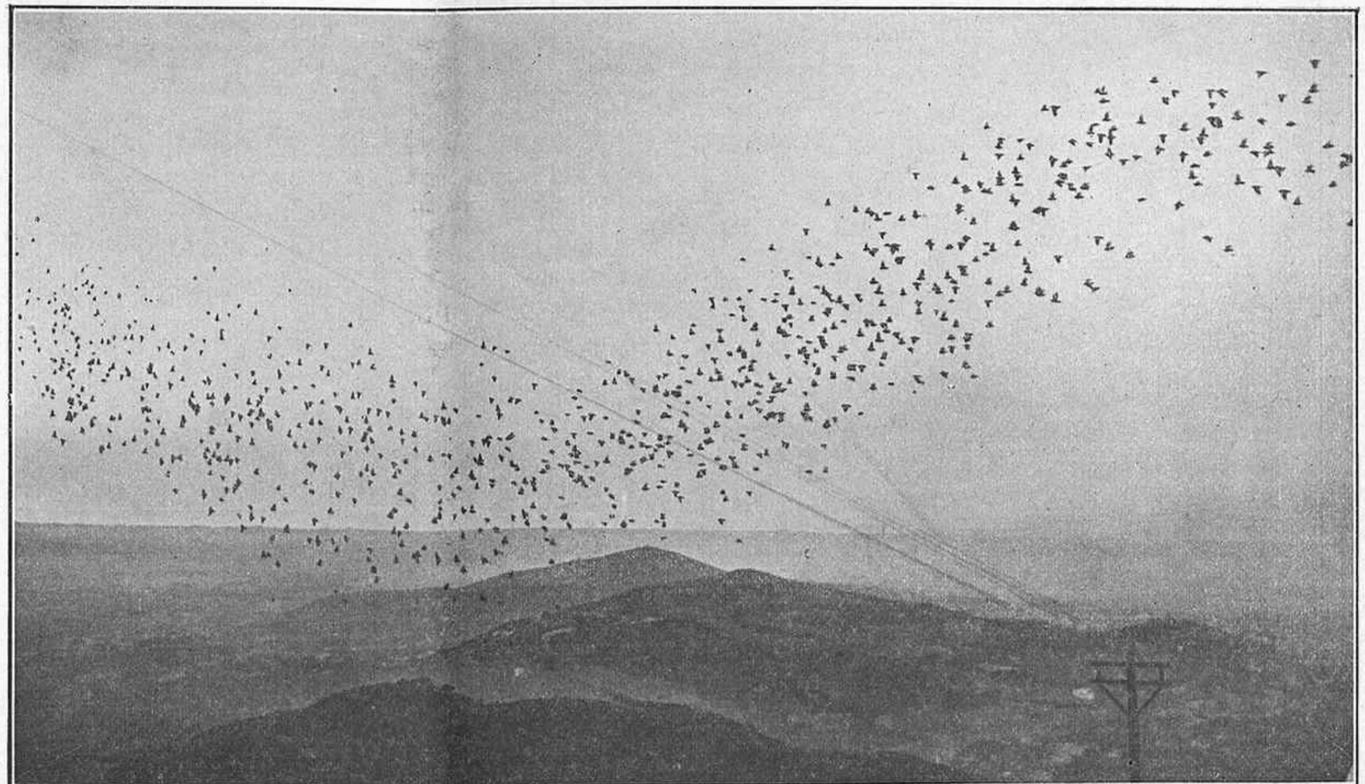
#### BELLAS ARTES

(Véanse los grabados de las páginas 496, 497 y 504 )

*La visita del doctor*, cuadro de Harry Roseland. — El autor de este cuadro, nacido en Nueva York en 1866, se ha dedicado preferentemente á pintar escenas de la vida de los negros, de quienes ha hecho un estudio profundo, observando sus costumbres pintorescas y ahondando en sus complejos sentimientos. Gracias á esto y á sus talentos artísticos, ha conseguido que sus obras no sólo tengan un interés etnográfico, sino que además resulten bellas desde el punto de vista pictórico.

*En el templo de Cupido*, cuadro de A. Schram. — Los asuntos de la antigüedad clásica tienen grandes atractivos para ese pintor vienés, pero al trasladar al lienzo esos temas de remotos tiempos los moderniza, por decirlo así, dándoles vida real y adaptándolos, en sus formas externas, á las tendencias de nuestros días, según puede apreciarse en el cuadro que reproducimos.

*La buenaventura*, cuadro de Domingo Fernández y González. — Hemos publicado tantos cuadros de Fernández y González, que nos parece ocioso repetir lo que en anteriores ocasiones hemos dicho de ese notable artista, que tan bien ha sabido estudiar y reproducir la vida andaluza.



EN EL TIBIDABO. — Suelta de las palomas mensajeras belgas. Fotografía de Castellar, en el momento de emprender el vuelo las palomas



—Nos han engañado á nuestra vez..., á mí por lo menos.

## EN LA PAZ DE LOS CAMPOS

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

—¿Por el Cristo?  
—Por el Cristo.

Una vez, por un inoportuno recuerdo de su infancia vagabunda y sin distinción, Gervasio añadió á sus juramentos el acto ritual del chulo que toma un compromiso, y escupió en el suelo. Bella se estremeció de horror y retrocedió pálida y temblorosa, alarmada por tales modales. Durante ocho días le evitó, y para volver á su gracia, tuvo él que humillarse, repetir mil excusas, prometer que no se permitiría más semejante inconveniencia y ponerse á sus pies. Bella por fin le perdonó.

Pero él, con los dientes apretados, después que se separó de ella, se alivió la bilis llamándola gazmoña. Ya vería más adelante, cuando le llegase su vez.

Se casaron en invierno, casi vergonzosamente. El pueblo se burlaba de los labradores advenedizos, y por una repentina vuelta á los pasados sentimientos, compadecía á los Valroy y maldecía á los Carmesy.

Los esposos pudieron recoger desde sus carrozas algunas impresiones populares, y no fueron halagüeñas.

Hacía entonces un año que Valroy estaba vendido y seis meses que el marqués, su mujer y su hija habían vuelto de Inglaterra.

Aquellos seis meses se habían empleado en restaurar el castillo, en amueblarle y en darle un aspecto nuevo y diferente, no por sentimiento, sino por vanidad.

Cuando los esposos tomaron posesión de la finca, la morada era seguramente más rica que en otro tiempo, más lujosa y de un decorado más artístico. El marqués era un hombre de buen gusto, y como pensaba vivir allí, había cuidado los departamentos que se destinaba.

Por fin podía anclar en el puerto. Tenía dinero, mucho dinero, y buenos valores en su arca, muchos más de los que él sospechaba, pues el *Modern Ahorro* había sido verdaderamente una especulación genial y sus provechos en el último momento habían

excedido á sus esperanzas. El marqués se reía solo y se frotaba las manos. Sí, sería delicioso vivir con Adelaida, á la que conservaba una ternura inmutable, en aquel lugar cómodo, sin cuidados y sin inquietudes de ninguna clase. Aquello los descansaría y sería para ellos una novedad.

Carmesy pensaba poéticamente que su estrella se ponía brillante hacia el fin de la noche, y se consolaba de la melancolía de ver que era su felicidad breve y tardía, pensando que más vale tarde que nunca.

Durante los tres primeros días que siguieron á la boda, los padres de la esposa se estuvieron discretamente en la villa rústica para no ser importunos.

Por fin, una mañana se presentaron.

A la primera ojeada echaron de ver que su hija no estaba alegre. Gervasio los recibió medio burlón, medio agresivo, con las manos en los bolsillos, el sombrero puesto y la pipa en la boca, por añadidura.

Godofredo hizo un gesto, y Adelaida dijo:

—¡Oh!

Aquello se anunciaba mal. Sin embargo, aquel yerno sin cortesía tuvo á bien dejar un momento á aquella niña con su madre y se marchó sin decir adónde iba.

—¿Y bien?, dijo la marquesa; curiosa é inquieta.

Arabela, con los labios contraídos, vacilaba para responder.

—¿Qué hay, pequeña?, añadió el marqués animándola; ¿estás contenta?

La joven no pudo contenerse más tiempo y estalló:

—¡Ah, sí, puedo estarlo!..

Y en seguida, en un raudal de amargura, confesó sus rencores y sus decepciones.

—Nos han engañado á nuestra vez..., á mí por lo menos. ¡Bonito negocio he hecho! No os podéis figurar lo que es este hombre... Con él se gastarán mis uñas y seré vencida, porque es de piedra.

Tales palabras en boca de Arabela eran graves. Aquella heroína, orgullosa de su belleza y de su raza y segura de su poder, no había nunca dudado de sí

misma ni siquiera una hora. Era preciso que estuviese verdaderamente dolorida para expresarse de aquel modo.

Los dos Carmesy bajaron la cabeza. ¿Sería que se les cambiaba ya la suerte?

—Pero, en fin, dijo Adelaida, ¿qué hay? ¿De qué te quejas?

—De todo; me he casado con un bruto, con un tirano; habrá que doblarse ó romperse..., yo no me doblaré, pero el porvenir es bonito... Hay que, por añadidura, se burla de mí. Escuchad esto. Al día siguiente de la boda—la cosa no se ha hecho esperar—se ha mostrado tal cual es, un bruto tozudo é irreductible... Y no hay nada que hacer; no hay medio de cojerle; una obstinación obtusa de paleta hinchado; una resolución tomada hace mucho tiempo; se está vengando, es seguro... Esperaba y ha llegado su día. ¡Ah, sí!..

Bella estaba anhelosa y palpitante al exponer sus vergüenzas y sus rabias imprevistas. En el mismo tono continuó:

—Nuestro viaje..., ¿sabéis? Le he preguntado si íbamos á marcharnos pronto... El invierno es tan rudo, le he dicho, y me atrae el cielo azul... El me ha respondido, todo asombrado:

—«¿Qué viaje?.. Es verdad que hace frío... ¿Qué cielo azul?

»Yo le contesté:

—»Bien lo sabes..., nos vamos á Italia.

»Y él dijo con mucha calma:

—»¿Sí? Pues yo no tengo semejante intención.

»Confieso que me quedé estupefacta, pero insistí, sin embargo:

—»Me habías prometido...

»El se echó á reír:

—»Esta gente de partícula es siempre lo mismo; siempre se les ha prometido algo... El conde de Valroy aseguraba también que se le había prometido la renovación de sus créditos... ¿He prometido eso? Pues no me acuerdo.

»Y añadió triunfante—porque conmigo las echa de ingenioso—esta frase que ha debido oír al maestro de escuela:

—»El rey de Francia no se acuerda de las injurias del duque de Orleans... Gervasio casado no se acuerda de las promesas de Gervasio soltero.

»Le hubiera abofeteado... Pero hay algo mejor. Yo debía gobernar la casa á mi gusto y recibir dinero por trimestres, sin tener que dar cuentas. Suprimido todo eso; él es quien lleva la caja día por día y hace el gasto moneda por moneda... Mi presupuesto personal, suprimido antes de haber existido.

—»Si tienes necesidad de algo, ya me lo dirás; y si es razonable, tendré mucho gusto en complacerte.

»Esto es lo que me espera.

»Otra cosa que os concierne á vosotros. Le he recordado que ibais á instalaros aquí, con nosotros, dentro de unos días, como estaba convenido; y sin turbarse tampoco, ha respondido:

—»No, querida, he cambiado de opinión. Tus padres están muy bien en la villa Rústica y no hay que cambiar sus costumbres... Además, los mejores padres son siempre molestos para unos recién casados...

»¿Qué decís de esto? Se os despide.»

—Eso es lo más serio, dijo el marqués ofendido. Me contraría mucho, mucho...

Adelaida no encontró más que una palabra:

—*Shocking.*

Una vez más era aquello *improper.*

—Vamos á ver, dijo Godofredo, lo que no se obtiene directamente, se gana por rodeos... ¿No habría un medio?..

Su hija le interrumpió con áspera convicción:

—No hay ninguno, lo repito; es una resolución tomada. Para las cuestiones de dinero he vuelto muchas veces á la carga, y en fin de cuenta, he aquí lo que me ha dicho con su risita disimulada:

—«No insistas, Bella; ¿te has casado conmigo por amor, no es cierto? Pues bien, no puedes querer mi ruina como la de Jacobo...»

»Es posible burlarse así del mundo?... Que me he casado con él por amor... ¡Un pastor, un palafrenero! Ayer tarde fué más franco por casualidad; después de yo no sé qué disputa, me dijo bruscamente:

—»Cállate, ya estoy harto... Si crees que no sé lo que pasa en tu cabeza, te engañas. Por muy bestia que yo sea, no llevo hasta ese punto. Sé que me desprecias porque no tengo nacimiento y soy un paleta indigno de ti, mi noble dama; pero yo me río de todo eso. Echas de menos á los condes de Valroy, porque la cabra siempre tira al monte y la nobleza va siempre á la nobleza... Echalos de menos, pero hazlo de modo que yo no lo vea, porque si no, te verás obligada á echar de ver que, á falta de pergaminos, tengo la fuerza.

»Es amable, ¿verdad? Por mucho que le dije que, ante la antigüedad de nuestras razas, un Valroy no valía más que un Piscop...»

—¡Muy bien!, exclamó el marqués.

—Enteramente justo, confirmó la marquesa.

—No quiso oír nada... Es ya la guerra declarada. Así estamos después de tres días de matrimonio.

—Y bien, está bonito, confesó Godofredo. Ya no hay respeto en la época en que vivimos...

—Es un palurdo, dijo Adelaida.

—Ciertamente, respondió la joven, pero es un poco tarde para reconocerlo; ese palurdo es mi marido.

—¡Bah!, dijo Carmesy siempre ligero, todo eso se arreglará al primer hijo.

—¡Gracias!, respondió Bella, la perspectiva es alegre...

En este momento apareció Gervasio sonriendo astutamente.

—Y bien, dijo al entrar, ¿me han quitado ustedes bastante el pellejo?... ¿Sí?... Pues hablemos de otra cosa... Si el invierno continúa así, se van á helar las patatas...

Gervasio exageraba su grosería con un gozo de desquite. Tenía en su poder á toda aquella gente.

Tales eran las relaciones de Piscop y Carmesy tres días después de la boda de los dos herederos de aquellas razas tan distintas.

Con el tiempo, la diferencia, la división y la aversión no hicieron más que crecer. Las familias Grivoize y Piscop se aliaban á Gervasio, le sostenían y le animaban en sus venganzas brutales contra los Carmesy y sobre todo contra Arabela.

Hombres y mujeres la detestaban. Los hombres porque envidiaban á su marido; las mujeres porque la envidiaban á ella por espíritu de origen y por ese sentimiento, natural en la fealdad, de odiar á la belleza.

Además, las familias se aumentaron pronto con nuevas reclutas que no fueron las menos activas en la animosidad. Anselmo, Timoteo y Antonín se casaron también; pero, con mejor sentido, eligieron cam-

pesinas ricas, cuyos padres, gente de zuecos, amontonaban los escudos. Venidas de los cuatro lados del departamento, aquellas mocetonas de apariencia regocijada fueron las más rabiosas para morder á aquella cuñada delicada y pálida que descendía de reyes y no se dignaba conocerlas.

Todas ellas, en dos años, tuvieron dos hijos. Arabela, en cambio, no fué madre; y este fué el golpe de gracia para aquel matrimonio ya desavenido.

Piscop echaba en cara todos los días á su mujer el dejarle sin sucesión.

¡No tener hijos! Gervasio no cesaba en su amarga elocuencia sobre este punto.

—No valía la pena de haber comprado muy caro un nombre como el tuyo para no tener nadie á quien transmitirlo después... La nobleza..., ya sabes que me burlo de ella. Era por mis hijos.

¡Sin hijos! Casa vacía, silenciosa ó llena de voces furiosas á de vergonzosas querellas, en las que el soprano agudo de la mujer respondía, sin bajar el tono, al bajo sombríamente amenazador del marido.

Fué aquella una trágica lección y un primer castigo para la orgullosa que había aceptado semejante boda contando con ser una reina rodeada de vasallos.

En otro tiempo, cuando preparaba el porvenir, había visto á todos aquellos aldeanos á sus pies, su marido el primero, en una especie de adoración, con los ojos siempre fijos en ella, esperando una señal para tomarla por una orden.

Había creído que los sacos de dinero, llenos durante cuatro generaciones por aquellos rudos trabajadores, rentarían por sí solos ante su fantasía, y que no tendría más que alargar las manos para tenerlas en seguida llenas, pues se le evitaría hasta el trabajo de bajarse.

Había esperado súbditos y esclavos, y tenía un dueño y perseguidores. Sus padres, disgustados, según decían, se alejaban de ella y la dejaban sola y entregada á las fieras. Se habían ido á vivir á la ciudad próxima, en una hermosa casa, comprada y pagada al contado.

Y Bella, sola con Gervasio y con la jauría de sus parientes, sentía que su indomable valor la iba poco á poco abandonando.

A los tres ó cuatro años de matrimonio, recobró la memoria como por encanto, y vió en el pasado á aquel Jacobo que tanto la amaba, que la servía de rodillas y con todas las galanterías y todas las delicadezas de una pasión juvenil.

Le echó de menos, y por odio á su marido más que por un tierno remordimiento, se puso á amarle á su vez. Encontraba en su propia casa huellas suyas y la historia de su infancia. En su misma alcoba—su alcoba conyugal—había nacido Jacobo.

Parecía á veces que del suelo, del techo y de las paredes salían olores de opio y perfumes de éter, como en el tiempo de la pobre condesa; volvía á ver á Jacobo saludándola de lejos con el sombrero cuando ella llegaba por el camino.

Pero donde la tristeza del recuerdo la angustiaba más profundamente fué en el cuarto que había sido de Jacobo durante su existencia de niño y de joven.

Aquella pieza estaba casi vacía desde la partida de sus antiguos dueños. Bella hizo instalar allí unos cuantos muebles y la transformó en saloncillo, para aprender en él, no sin dificultad, la ciencia sobrehumana de tener un corazón y de sufrir.

No hay que pensar, sin embargo, que Arabela había llegado sinceramente al remordimiento y al pesar de los actos de otro tiempo. No, era más bien lástima de sí misma por comparación con aquel antiguo tiempo; si su nueva vida hubiera sido dichosa, jamás hubiera echado de menos á Jacobo ni hubiera pensado en él, como no fuera por casualidad.

Pero ultrajada, humillada y oprimida, se escapaba del presente por los caminos del pasado, sin atreverse á aventurarse en los del porvenir. Y en esos caminos encontraba forzosamente al que le había acompañado en ellos, á su Djeck.

¡Pobre muchacho!.. ¿Dónde le habría arrastrado la desdicha?.. ¡Pensar que sus dos dolores hubieran podido sumar una felicidad!

El abandono en que la dejaban sus padres era también para ella una fuente de cólera y de rencor. Había servido de envite en una tenebrosa partida y de cebo á todos los apetitos; y ella sola era desgraciada.

Como Berta, llegaba á acusar á la suerte de injusticia, sin ver, también como Berta, que ella misma había edificado su destino. Adiestrada en la astucia desde la infancia, le había tomado el gusto, y cuando mentía, encontraba en ello un encanto. En sus exámenes de conciencia, dudaba á veces para definirse y reconocía lo complejo de su naturaleza y lo pérfido de su vocación.

Pero se absolvía muy de prisa. ¿Era culpa suya? De ningún modo. Debía lo que era á sus múltiples ori-

genes, á todas las sangres mezcladas en sus frágiles venas, sin contar la influencia de las aventuras, de los viajes incansables y de los países diversos por los cuales había, cuando menos, atravesado.

¿Acaso estas neurosis de raza y estas emociones de la vida errante no podían depravar inicialmente un alma y suprimir su responsabilidad? Así lo admitía ella.

Pero con más frecuencia volvía á Jacobo y á todos los Valroy: al conde Juan, su primera víctima, y á la pobre condesa. Y su memoria se enternecía ante el fantasma, que seguía benévolo, de la señora de Reteuil.

Tales eran sus distracciones más habituales; otras veces hacía ensillar un caballo y salía á galope tendido por el bosque ó á través de prados y campos sin cuidarse de los sembrados... Pero allí también encontraba sus espectros.

Cuando pasaba así, á una velocidad loca, los campesinos que no eran aliados de los Grivoize se encogían de hombros y no se descubrían. A veces un insulto la seguía con el viento. Se sentía rodeada de odio. Berta se erguía á su paso y le prodigaba las injurias.

Cuando encontraba en el camino gente de la granja, criados de Piscop, también ellos se burlaban por lo bajo, si no manifestaban abiertamente su poca estimación.

En aquella atmósfera hostil, la joven seguía siendo intrépida; levantaba la cabeza, manejaba el látigo, y cuando se presentaba un obstáculo, como un seto ó una cerca, empujaba al caballo y pasaba de un salto, dejando detrás de ella á los campesinos asombrados y obligados á confesar que no tenía miedo.

Pero cuando volvía acabábase su fiebre al apear, y Bella se encerraba de nuevo con la cabeza baja en el saloncillo que había sido el cuarto de Jacobo.

Piscop, que ignoraba la antigua distribución del castillo, supo por un criado cuál era en otro tiempo el destino de aquella pieza transformada.

Y su furor fué grande; pues comprendió al fin por qué á su mujer le gustaba estarse allí tan largo tiempo. Fué para él una ofensa más, de la que juró vengarse un poco mejor.

A todo esto, tuvo una satisfacción; después de años de pasos é instancias, á petición de Carmesy, último de este nombre, Gervasio Piscop fué autorizado para usar los títulos y las armas de aquella familia á punto de extinguirse.

Era, al fin, Piscop de Carmesy... A la muerte del marqués, él también lo sería. Y una de las formas de su agradecimiento fué desear la muerte de su suegro.

Pero pronto olvidó esta satisfacción; y con una obstinación de bruto, se sumió más y más en los odiosos celos de aquella mujer, á la que no amaba, á propósito del pobre vizconde Jacobo, desaparecido del país para siempre, según se creía.

Para siempre, pues era evidente que Reteuil se vendería también. Los Grivoize esperaban con la mano en los cordones de su bolsa, para ser á su vez castellanos.

Sin embargo, habían pasado años sin que por aquel lado ocurriese nada nuevo.

Ahora bien: aquella tarde Gervasio y Arabela, marido y mujer sin hijos, estaban solos, como de ordinario, en aquel inmenso comedor cuyas dimensiones disminuyen aún la importancia de los dos silenciosos personajes.

Han comido tarde, pues Gervasio ha vuelto retrasado; no tienen horas fijas; cuando él está allí, se come; cuando no está, se espera.

Poco importa que Arabela tenga apetito; no es más que la segunda en la casa.

Gervasio ha vuelto tarde sin decir una palabra de excusa ni de explicación. Ha devorado tres platos, según su costumbre, se ha bebido dos botellas, ha encendido su pipa y se está sirviendo una copa de aguardiente. Físicamente está satisfecho.

Arabela le contempla fijamente con sus ojos verdes, en los que se leen pensamientos de asesinato. Aquella mirada acaba por llamar la atención de Gervasio, el cual levanta la cabeza á su vez, y dice brutalmente:

—¿Cuándo vas á acabar de mirarme?.. ¿Me vas á aprender de memoria?

—No, te sé demasiado.

Gervasio rechaza la silla de un empujón, y sale á la terraza para tomar el fresco. Bella le imita, pero se dirige hacia el lado opuesto. La noche está oscura y muy cálida, con una amenaza de tempestad que viene del lado del bosque.

Ambos están perdidos en las tinieblas; á ella se la adivina por la blancura de su bata, que forma como una mancha de luz confusa en un fondo de oscuridad; él se revela por la lumbre de la pipa, que se enciende á cada chupada é ilumina una parte de su dura

fisonomía, su recio bigote y su nariz carnosa, como una aparición vaga y sin gracia, más bien siniestra. Pero él desea muy poco agradar y hasta ha olvidado, sin duda, que su mujer está á dos pasos de él.

Piensa en los trigos, que se anuncian mal; en los árboles frutales, que no han dado nada, y en la fiebre, que diezma los ganados. Parece que por todas partes reina la mala suerte, y todo aquello le irrita profundamente.

Mientras remueve todo esto en su espeso cerebro, escupe de vez en cuando con afectación la saliva de la pipa.

Es uno de sus placeres; ciertamente es palurdo y grosero; pero él se llena de gusto exagerando esa grosería y apareciendo todavía más palurdo de lo que es.

La señora de Piscop—¡oh rabia!—siente profundamente aquellas injurias tácticas.

En aquel momento se estremece cada vez que el hombre expectora, y se aleja unos pasos más. Él lo ve y lo comprende y se ríe silenciosamente en la sombra.

Bella piensa que pasarán años y años sin que cambie en nada aquel estado de cosas... Tal es la existencia á que está condenada. Se hará vieja y fea, y su vida se habrá pasado sin dejar de ser desgraciada.

Arabela mira maquinalmente hacia el lado de Reteuil. La luna, que acaba de salir, proyecta un reflejo en los vidrios de una ventana del piso alto al lado del tejado; desde aquella ventana, hace cuarenta años, se tiró de cabeza un Reteuil, por odio á la condición humana... ¡Cómo le aprueba ahora!..

Y esas previsiones de un dolor monótono aumentan todavía su postración. Apoyada en la balastrada de piedra, con la cabeza entre las manos, Bella se entrega á una inmensa desolación, segura de no ser sorprendida en aquel estado de desarreglo.

Pero, de repente, los dos se estremecen á la vez; á lo lejos, del lado de Reteuil, las notas graves de una trompa preludian en la noche; y, á poco, se oye la tocata, potente, imperiosa, queriendo ser oída.

Es la *Diana*, que empuja á los ecos y espanta á los bosques; es un cobre rabioso, soplado por robustos pulmones, que llena el espacio con sus sonoras llamadas y arroja un «alerta» á las conciencias turbadas.

Un solo hombre, en la comarca, ha tocado con aquella enérgica ciencia. Gervasio exclama:

—¡Es él!

—¡Jacobo!, grita Arabela.

Y espontáneamente, en un ademán involuntario, tiende hacia allí los brazos.

Pero ya Gervasio se dirige hacia ella con los puños levantados.

—¡Ha vuelto!.. Lo sabías, ¿verdad?.. Entra, entra, lo quiero, lo ordeno...

Bella retrocede delante de él, pero no puede resignarse á huir de aquellos acentos metálicos que cantan para su corazón el despertar del pasado. La joven escucha y bebe la armonía ancha y agreste que resuena en los alrededores.

Gervasio, entonces, loco de cólera, la coge por un brazo y la arrastra hacia la casa. Ella se resiste y grita, mientras, á lo lejos, la trompa frenética de Jacobo canta la *Cita*...

Piscop masculla sílabas incoherentes y grita en su furor:

—¡Si tu embocadura estuviera á tiro de fusil!..

Encierra á Arabela en el comedor y cierra la puerta; pero todas las ventanas del edificio están abiertas en las cuatro fachadas y Gervasio sabe bien que ella oye y que el otro le dice desde lejos cosas que él no entiende.

Después le ocurre una idea; entra, descuelga una trompa, se la pone en la boca y sopla en ella hasta reventarse las sienas, como el paladín Rolando en el paso de Roncesvalles.

Entonces se entabla un duelo entre las dos trompas obstinadas; pero la superioridad del primero es pronto evidente y se afirma cada vez más, mientras el otro se va debilitando.

Gervasio tiene conciencia de que está tocando como un vaquero que llama á sus vacas; el vizconde, en cambio, da al cobre un alma que habla á todos los espíritus. Gervasio, desanimado, deja caer los brazos y renuncia, mientras la trompa de Jacobo toma á lo lejos un acento burlón.

En todas las cabañas, en la granja, en el Vivero, en el pabellón, la tocata ha sonado como una advertencia. El antiguo amo ha vuelto. Los Grivoize dejan ver malas sonrisas un poco inquietas; los campesinos neutros mueven la cabeza con tristes previsiones; en el Vivero, Balvet, que es sordo, pregunta qué es lo que pasa. José lo explica:

—Es Jacobo... Parece que está de vuelta en el país... Vamos allá: mi madre se va á volver enteramente loca...

Pero Berta, á la primera nota de la trompa, se ha

levantado de un salto de la cama en que la tenía postrada el cansancio, y se ha presentado desgreñada, espantosa, radiante, y ha gritado á Sofía y á Regino: —¡Escuchad!.. Bien os lo decía...

Pero es en Valroy, sin duda por efecto de la sorpresa, donde el efecto producido es más violento. Gervasio Piscop, en su inútil furor se deshace en injurias que no alcanzan á nadie, amenaza al vacío y se bate con las sombras.

En el primer piso, Arabela, encerrada en su cuarto, un poco retirada de la ventana para no ser vista por su feroz esposo, que le tiraría piedras, escucha la canción con los ojos cerrados.

Aquella tocata evoca en su mente enferma una visión de caza vertiginosa que pasa ante sus ojos; una brillante tropa de jinetes con casacas rojas y de señoras con tricornio y faldas de amazona; otros van en coche, y todos tienen caras conocidas. Allí el conde Juan, allí Jacobo; más allá su padre, el marqués, y ella misma, Arabela, cabalgando al lado de su madre, también á caballo. En una elegante carretela ve á la condesa Antonieta al lado de la señora de Reteuil.

Cosa rara; los picadores y los ojeadores tienen las cabezas de Piscop y de Grivoize, y la librea les sienta muy bien. Toda aquella gente se apresura y se empuja entre los gritos de los cazadores y los ladridos de la récova, y pasa al galope arrastrada por un viento de locura.

¿Qué bestia fantástica persiguen así esos cazadores desalentados? ¿Para qué aquel ataque? Bella no lo sabe, y, curiosa, sigue á la multitud por los paseos familiares del bosque.

Pero, de pronto, delante de los caballeros y de las Amazonas falta la tierra y se descubre una sima profunda é insondable; nadie parece verle siquiera... Toda la tropa se dirige hacia allí, caballos coches, picadores y perros, hombres y mujeres, y todos se precipitan en el abismo tumultuosamente y con descuido.

Arabela, á la cabeza de su cuadrilla, va como los demás, sin volver la vista; y, en su sueño, creyendo estar despierta y lúcida, ve distintamente aquella demente cabalgata caer en el precipicio, rodar por el barranco y disgregarse en el vacío, mientras la armonía belicosa que viene de Reteuil (era un símbolo) con nuevo vigor y casi enfado, activa su estrépito y prodiga su amplitud y sus sonoridades en un hurra supremo...

En este momento, con el alma vencida, la mujer de los ojos verdes, que siempre ha mentido, se plantea una pregunta:

«¿Le he amado?»

## V

El día de su vuelta á Reteuil fué lúgubre para Jacobo.

En vano su criado, llegado el día anterior, había sacudido el polvo de los años y abierto las ventanas; la atmósfera seguía pesada como en un palacio encantado; los objetos abandonados tomaban formas extrañas, con más razón aún porque en las antesalas y vestíbulos estaban amontonados en desorden los raros objetos que habían escapado al desastre de Valroy. El retrato del primer antepasado ilustre, el amigo de Law y Pontchartrain, estaba tirado boca arriba en un cesto lleno de libros.

En un cajón cerrado dormían los pergaminos, los títulos y los privilegios, tan irónicos en aquella ocasión.

Estuches olvidados contenían alhajas sin gran valor, como copas y cubiletes de plata, algunas de estilo antiguo y marcadas con una cifra; pesados muebles estaban puestos al azar junto á las paredes de un viejo salón de honor, ya vacío en tiempo del primer Imperio; la pieza, muy alta, era sonora; y, con la humedad, la madera de los veladores y de las consolas crujía y gemía lastimosamente.

El conjunto recordaba una prendería; pero, para Jacobo, era melancólico. El joven no encontró recuerdos precisos ni el antiguo estado de cosas familiar hasta el primer piso.

Allí no había cambiado nada desde el tiempo en que la señora de Reteuil habitaba el castillo. Al entrar en una pieza, toda su infancia se le presentó ante los ojos, y lloró; era su rincón cuando tenía doce años, pues era entonces tan dueño de Reteuil como de Valroy, y su abuela, á veces, le tenía á su lado cuando el conde estaba ausente.

Quiso vivir allí nuevamente, y dió sus órdenes para ello.

En los corredores desiertos, aquellos en que el conde Juan besó al pasar á la linda Berta, sus pasos resonaban siniestros y tomaban una importancia angustiosa.

A pesar del verano y del sol del exterior, hacía frío. Jacobo se estremeció diciendo: «Esto es sepulcral.»

No, la tristeza venía de él y no de las cosas; eran sus ojos los que veían negro.

Comió en un extremo de la mesa, atestada de vajilla, resto de la casa perdida. Al levantarse tropezó con un objeto que brillaba en la sombra á pesar del polvo que le cubría; era una trompa de caza, aquella con que en otro tiempo exasperaba los instintos guerreros de Bella, que le escuchaba entonces con las narices dilatadas.

La tenía con las puntas de los dedos é iba á arrojarla al olvido, cuando, ante aquel recuerdo, hizo un movimiento brusco, impulsado por una decisión repentina.

Volvió á la mesa, cogió una servilleta y limpió á golpes el polvo del cobre que reapareció brillante por ciertos sitios. Frotó entonces la embocadura, raspó el moho y trabajó con ardor hasta que el instrumento estuvo en buen estado.

Salió y se adelantó por la pradera; allá, hacia el Oeste, entre las arboledas, divisó las veletas de Valroy y murmuró: «Espera un poco...»

Y lanzó su tocata como una llamada, como un desafío; enviaba su tarjeta ó su cartel á sus vecinos los castellanos. Pero no esperaba ser tan bien oído y comprendido.

Al día siguiente estaba en pie muy temprano. La noche anterior había sido mala; había soñado sin dormir.

Anduvo errante por el parque, sin salir de sus límites; de lejos, oculto entre la espesura, vió pasar por el camino personas que conocía, y tuvo un triste placer recordando por lo bajo sus nombres.

Pero pasó un Grivoize, fámulo á caballo, látigo en mano, detalle por el que le conoció Jacobo; sin embargo, estaba demasiado lejos para saber cuál de ellos era. A su vista, el joven se retiró.

El país ofrecía para él sentimientos diversos y opuestos; le amaba porque había sido testigo y escenario de su vida cuando ésta era dichosa; le detestaba porque seguía siendo el mismo, después de arruinado Valroy, y sirviendo de marco á la alegría de los demás.

Guardaba rencor al cielo por seguir siendo azul, al viento por ser todavía tibio, al bosque por ser aún verde y al campo por ser dorado, cuando un Piscop tenía á Arabela por mujer en el castillo de Valroy. Y todo lo que le rodeaba le parecía hostil.

Trataba de consolarse pensando que valía más que fuera así, puesto que debía dejar pronto aquel rincón de tierra, sin esperanza de volver, y era mejor no llevarse buenos recuerdos; pero, en otros momentos, esta idea le partía el corazón; el joven dirigía entonces una mirada desesperada á todo aquel paisaje, que era ya el pasado, y se llenaba de él los ojos para no olvidarle.

Alma contradictoria, ficticia y fabricada por los medios en que había vivido, no debía nada á sus orígenes, que hasta ignoraba, y no sabía de la vida otra cosa que aquellos asombros...

Los días fueron tristes. Jacobo inventarió los retazos de herencia que le quedaban después de la catástrofe de las dos familias de que creía descender, interrogó los papeles, visitó los archivos, abrió los cajones y los armarios y sacudió de nuevo los polvos de antaño.

En el curso de sus investigaciones y de sus descubrimientos, aprendió á conocer mejor la historia y las manchas de los Reteuil, que apenas sospechaba. Siempre se las habían ocultado con cuidado, pensando, sin duda, que era inútil profundizar tal materia.

Pasó días enteros frente á frente con los que le habían precedido en la existencia y cuya sangre, creía él, corría por sus venas. Y se asombró muchas veces de la intensidad de vida que revelan las cosas muertas.

Su abuelo, coronel en tiempo de Bonaparte, le sedujo por sus triunfos militares y por la brevedad de su brillante carrera. Jacobo le veneró.

Manejó con mano respetuosa, como santas reliquias, la espada, las cruces, las charreteras, las espuelas de aquel caballero del Imperio; desdobló sus diplomas y leyó sus cartas intrépidas, en las que las frases entusiastas sonaban como músicas.

Llegó así hasta las horas supremas: 1816 1820; el coronel á medio sueldo, retirado de oficio, se aburría y viajaba, para «distraerse», decía, pero en realidad para hacer propaganda, como primer obrero de una vasta conspiración.

De repente, volvía al castillo y se recataba; la policía de los Borbones miraba hacia él.

Por último el joven recordó aquel fin digno de la antigüedad; el tiro que todo lo arregla; el cuerpo del coronel tendido y con la cabeza deshecha en medio de los gendarmes, que saludaban á aquel cadáver y hacían á aquel soldado los honores militares.

(Se continuará.)

## LA REHABILITACIÓN DE DREYFUS

Como era de esperar, el Tribunal de Casación ha proclamado la rehabilitación de Dreyfus; la sentencia dictada anula sin apelación el fallo del consejo de guerra de Rennes de 1899.

Inmediatamente después de publicada la sentencia, la Cámara de Diputados y el Senado aprobaron por gran mayoría de votos dos proposiciones, en virtud de las cuales el capitán Dreyfus era ascendido á comandante é inscrito en el cuadro de la Legión de Honor para el grado de caballero, y el coronel Picquart, otra de las víctimas del famoso proceso, ascendido á general de brigada.

La entrada en el patio había sido prohibida por órdenes severas, así es que sólo contado número de personas presenciaron aquel acto.

A la una y media de la tarde formaron en fila en tres de los lados del patio las fuerzas de artillería y coraceros, encargadas de tributar los honores á los nuevos legionarios, mientras éstos permanecían en una de las salas esperando ser llamados. A las dos llegó el general Gillain, comandante de la primera división de caballería que debía presidir la ceremonia, y poco después los soldados presentaron armas y penetraron en el patio los comandantes Dreyfus y Targes, acompañados de dos oficiales, y se situaron al frente de la primera batería. Todas las miradas se fi-

de la República y en virtud de los poderes que me han sido conferidos, os hago oficial de la Legión de Honor.

El general, después de haberle dado los tres espaldarazos, le prendió al pecho la insignia de la orden y le abrazó, entre los toques de las cornetas y los aplausos de los espectadores.

Hubo luego un silencio emocionante, y el general, acercándose á Dreyfus, repitió la ceremonia, terminada la cual resonaron grandes aplausos y se dieron gritos de «¡Viva el ejército! ¡Viva Picquart! ¡Viva la verdad! ¡Viva la República!»

Después las tropas desfilaron por delante de los nuevos legionarios, á quienes el general Gillain dirigió algunas frases afectuosas.

—Felicítome, dijo á Dreyfus, de haber saludado vuestro ingreso en la Legión de Honor y de haberlo hecho en el patio de este cuartel en donde habéis pasado seis años de vuestra vida y en donde habéis dejado sólo amigos.

Retirado el general y terminada la ceremonia oficial, todos los asistentes se acercaron á Dreyfus para expresarle sus simpatías.

Dreyfus, substrayéndose á aquellas manifestaciones de cariño, subió á la sala en donde le esperaban su esposa y sus dos hijos, desarrollándose allí, como es consiguiente, una escena conmovedora.

Momentos después, Dreyfus y su familia abandonaron el cuartel, en donde, con un intervalo de once años y medio, habrá aquél sentido las dos más intensas emociones de su vida.

Grande fué la injusticia con él cometida, pero la rehabilitación ha sido también grande y completa, y si algo puede compensar los terribles tormentos padecidos durante tantos años, es la satisfacción que hoy ha de experimentar al ver tan solemnemente proclamada su inocencia y reparado, en lo posible, el daño que á su honor de patriota y de militar se había inferido.

La sentencia condenatoria hubo de causar en su corazón dolorosas heridas; sobre ellas habrán derramado un bálsamo los siguientes párrafos de la



PARÍS. — Manifestación en el cementerio de Montmartre ante la tumba de ZOLA, después de proclamada la rehabilitación de DREYFUS. (De fotografía de Branger.)

El Parlamento votó asimismo la traslación de los restos de Zola al Panteón, rindiendo de esta suerte el debido homenaje al escritor eminente que con su terrible *J'accuse* inició el movimiento en favor de Dreyfus y de la revisión del fallo del consejo de guerra, y comenzó y alentó la valerosa campaña cuyo término tan favorable ha sido al ex prisionero de la isla del Diablo.

La Liga de los Derechos del Hombre ha querido asociarse al homenaje á Zola organizando una manifestación ante la tumba del gran novelista, en el cementerio de Montmartre. Más de 2.000 personas acudieron el día 19 á la citada necrópolis llevando flores y coronas que depositaron sobre el sepulcro. La delegación de la Liga mandó una inmensa corona con la siguiente inscripción: «Homenaje al gran ciudadano;» Dreyfus envió un ramo de orquídeas con una tarjeta. Sobre la losa funeraria destacábase un rótulo de grandes dimensiones hecho con flores que reproducía las célebres palabras *J'accuse*.

Pronunciaron fogosos discursos Pressensé, Charpentier, Anatolio France, Delpech y Romanet y se dió lectura de una carta de la viuda de Zola agradeciendo el acto que se efectuaba en honor de su esposo y excusando su asistencia por lo quebrantado de su salud. Los discursos fueron interrumpidos algunas veces por los gritos de «¡Mercier á presidio! ¡Abajo los consejos de guerra!» pero no se registró ningún accidente desagradable ni hubo desorden alguno.

Alfredo Dreyfus asistió, aunque ocultándose á la vista del público; pero á la salida del cementerio fué reconocido por un grupo numeroso, que le vitoreó calurosamente.

Dos días después celebróse en el patio de artillería de la Escuela Militar la ceremonia de la entrega de las insignias de la Legión de Honor á Dreyfus y al comandante Targe. No se efectuó en el patio de honor, como es costumbre, defiriendo á los deseos de Dreyfus; en el patio de honor había sido éste degradado en 5 de enero de 1895 y el recuerdo de aquella horrible escena hubiera sido para él muy doloroso.



DREYFUS (X) Á LA SALIDA DEL CEMENTERIO DE MONTMARTRE RODEADO DE UN NUMEROSO GRUPO QUE LE APLAUDE Y VITOREA. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

jaron en Dreyfus, que avanzaba con paso firme logrando apenas dominar la emoción que le embargaba.

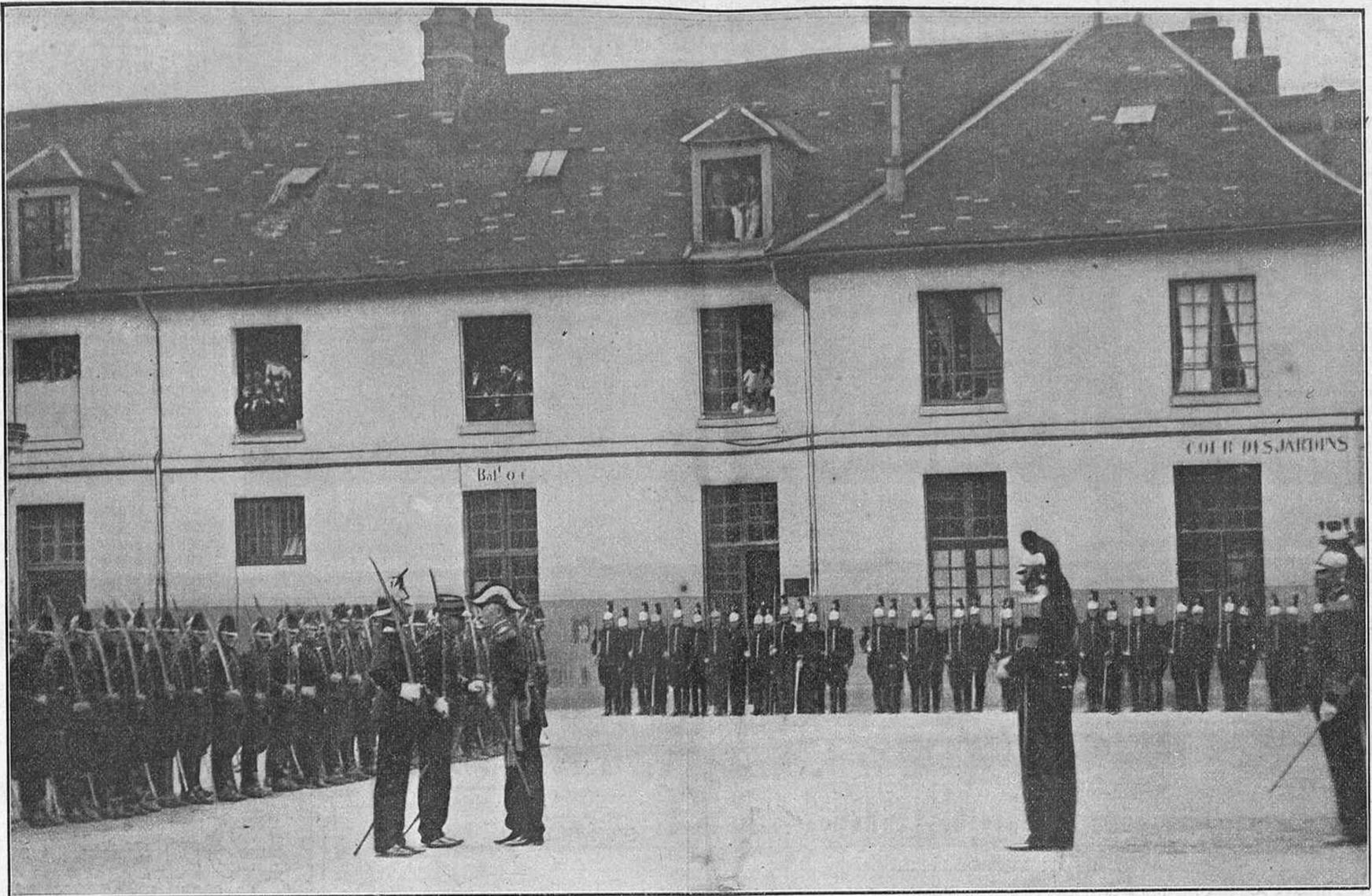
El general Gillain, después de haber revistado rápidamente las tropas, colocóse en el centro del patio y desenvainó la espada, y el coronel Gaillard Bournazel llamó á los oficiales que pertenecían á la Legión de Honor. Inmediatamente salieron de filas un capitán de infantería colonial y otro de coraceros, que se colocaron detrás del general.

Sonaron las trompetas, y el general, dirigiéndose á Targes, dijo:

—Comandante Targe, en nombre del presidente

ponencia aprobada por el Consejo de la Legión de Honor:

«Ateniéndome sólo á los años de servicio del comandante Dreyfus, dice en aquélla el general Mensier, podría limitarme á decirlos que el nombramiento está hecho de conformidad con los reglamentos y que á nosotros únicamente incumbe dar ampliación de él. Pero un deber muy diferente nos incumbe, y ante una cuestión que tan dolorosamente ha repercutido en el mundo entero, he de añadir que debemos considerar nuestra decisión como una reparación justa á un soldado que ha sufrido un martirio sin igual.»—R.



París.—La rehabilitación de Dreyfus. Imposición de las insignias de la Legión de Honor á los comandantes Dreyfus y Targe en el patio de la Escuela Militar. (De fotografía de Branger.)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTISTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255 Barcelona



JUEGOS DE PRENDAS

**AYER, HOY Y MAÑANA**  
 LA FE, EL VAPOR Y LA ELECTRICIDAD  
*Cuadros sociales de 1800-1850 y 1899*  
 POR  
**D. ANTONIO FLORES**  
 Edición ilustrada  
 Tres tomos ricamente encuadernados, á 5 pesetas uno,  
 para los Sres. Suscriptores de la BIBLIOTECA UNIVERSAL

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE**  
 Curadas por el Verdadero  
 Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

**ROB**  
**BOYVEAU-LAFFECTEUR**  
 Célebre Depurativo Vegetal  
**EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO**  
 Vendese en casa de J. FERRÉ, farmacéutico,  
 Sucesor de  
 BOYVEAU-LAFFECTEUR,  
 Calle Richelieu, 102, París y todas farmacias.

**VINO AROUD**

**CARNE-QUINA-HIERRO**  
 el mas reconstituyente soberano en los casos de:  
**Clorosis, Anemia profunda, Malaria,**  
**Menstruaciones dolorosas, Calenturas.**  
 Calle Richelieu, 102, París. — Todas Farmacias.

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,* de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos,* etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.  
 Exigir la Firma **WLINSI**.  
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

**PATE EPILATOIRE DUSSE** destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSE**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

DEFECTOS É IRREGULARIDADES EN MÁQUINAS ELÉCTRICAS, por *Gisbert Pfretzschner*. - Resumen y explicación de los defectos é irregularidades frecuentes en dinamos y motores de corriente continua, generadores, motores y transformadores de corriente alterna, mono y polifásica. Un tomo de 160 páginas ilustrado con 52 figuras y acompañado de un cuadro sinóptico. Editado en Madrid por la casa Bailly-Bailliere é hijos. Precio, dos pesetas en rústica y 2'50 encuadernado en tela.

LA MUJER MODERNA, por *Ignacio Gamboa*, con un prólogo del eminente filósofo y sabio publicista *D. Manuel Polo y Peyrolón*. - Un tomo de 136 páginas, impreso en Mérida (Yucatán) en la imprenta Gamboa Guzmán.

RIMAS DE AMOR, por *G. A. Martínez Zuviara*. - Colección de inspiradas poesías del joven escritor argentino. Un tomo de 134 páginas con un prólogo del autor, impreso en Madrid en la imprenta de Ricardo Fe. Precio, un peso.



La buenaventura, cuadro de Domingo Fernández y González

LA CARN, por *J. Burgas*. - Cuadro dramático, adaptación libre del drama francés *Les Bouchers*, de *F. Ires*, estrenado con buen éxito en el teatro de las Delicias de esta ciudad en 27 de enero de 1906. Editado en Barcelona por *D. Antonio López*. Precio, una peseta.

SIRENA, marina en un acto y en verso de *Apeles Mestres*. - Obra estrenada con gran éxito en el teatro Romea de esta ciudad en la noche del 6 de abril de 1906. Editada en Barcelona por *D. Antonio López*. Precio, una peseta.

EL CASTELLANO EN AMÉRICA. SU EVOLUCIÓN. Por *Juan B. Selva*. - Un tomo de 88 páginas con un prólogo del autor, impreso en La Plata (República Argentina) en los talleres gráficos de *Sesé y Larrafiaga*.

ELEMENTOS DE ELECTRICIDAD GENERAL, por *Enrique de Graffigny*, traducidos del francés al castellano por *D. José M.ª de Soroa*, ingeniero militar, y *don Enrique de Pineda*, ingeniero de Minas. - Un tomo de 304 páginas con 206 grabados intercalados en el texto, editado en Madrid por la casa Bailly-Bailliere é hijos. Precio, seis pesetas en rústica y ocho encuadernado.

**Dentición**  
**JARABE DELABARRE**  
Jarabe sin narcótico.  
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.  
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS  
FUMOUIZE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris,  
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

Las  
Personas que conocen las  
**PILDORAS**  
DEL DOCTOR  
**DEHAUT**  
DE PARIS  
*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE  
LOS VERDADEROS Y EFICACES  
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA  
COLORES PÁLIDOS  
EMPOBRECIMIENTO  
de la SANGRE  
Escrófulas, etc.

**PILULES**  
de **BLANCARD**  
EXIGIR LA SIGNATURE

al IODURO de HIERRO  
INALTERABLE

DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & C<sup>o</sup>, 40, R. Bonaparte, Paris.

**AVISO Á**  
**LAS SEÑORAS**  
**EL APIOL** DE LOS  
**JORET & HOMOLLE**  
CURA  
**LOS DOLORES, RETARDOS,**  
**SUPRESIONES DE LOS**  
**MENSTRUOS**  
F<sup>ia</sup> G. SEGUIN - PARIS  
165, Rue St-Honoré, 165  
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Frasco 5 fr.  
**PUREZA DEL CUTIS**  
en Paris  
- LAIT ANTÉPHÉLIQUE -  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
ó Leche Candès  
pura ó mezclada con agua, disipa  
PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
ARRUGAS PRECOGES  
EFLORESCENCIAS  
ROJECES.  
Pone y conserva el cutis limpio y terso.  
CANDES et C<sup>o</sup> B<sup>o</sup> St-Denis 48

**REMEDIO DE ABISINIA**  
**EXIBARD**  
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar  
SOBERANO contra  
**ASMA**  
CATARRO, OPRESIÓN  
y todas Afecciones Espasmódicas  
de las Vias Respiratorias.  
30 AÑOS DE BUEN EXITO  
MEDALLAS ORO y PLATA.  
PARIS, 102, Rue Richelieu. - Todas Farmacias.

**HARINA**  
**LACTEADA NESTLÉ**  
Contiene la mejor leche de vaca.  
Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.

**AGUA LÉCHELLE**  
**HEMOSTÁTICA**  
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.  
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.